

Meditación n. 1

Traducción ofrecida por Vatican News

“Esperar contra toda esperanza” 1° octubre 2023



Cuando el Santo Padre me pidió que predicara este retiro, me sentí muy honrado, pero también nervioso. Soy profundamente consciente de mis limitaciones personales. Soy viejo - blanco - occidental - ¡y hombre! No sé qué es peor. Todos estos aspectos de mi identidad limitan mi comprensión. Por eso les pido perdón por la insuficiencia de mis palabras.

Todos somos radicalmente incompletos y nos necesitamos mutuamente. Karl Barth, el gran teólogo protestante de los católicos escribía 'y/y'. Por ejemplo, Escritura y tradición, fe y obras. Se dice que lo llamó la "maldita 'e' católica". Así que rezo para que cuando nos escuchemos unos a otros en las próximas semanas y discrepemos, podamos decir a menudo "Sí, y..." en lugar de "No". Este es el camino sinodal. Por supuesto, a veces el "No" también es necesario.

En la segunda lectura de la Misa de hoy, San Pablo dice a los filipenses: "Llenen mi alegría con la unión de sus espíritus, con el mismo amor, con los mismos sentimientos" (Filipenses 2,2). Estamos aquí juntos porque no estamos unidos de corazón y de espíritu. La inmensa mayoría de los que han participado en el proceso sinodal se han sorprendido con alegría. Para muchos es la primera vez que la Iglesia les invita a hablar de su fe y su esperanza. Pero algunos tienen miedo de este viaje y de lo que les espera. Algunos esperan que la Iglesia cambie drásticamente, que tomemos decisiones radicales, por ejemplo, sobre el papel de la mujer en la Iglesia. Otros temen precisamente estos cambios y temen que sólo conduzcan a la división, incluso al cisma. Algunos realmente preferirían no estar aquí. Un obispo me dijo que rezaba para no ser elegido para venir aquí. Su oración fue escuchada. Ustedes podrían ser como el hijo del Evangelio de hoy, que al principio no quería ir a la viña, ¡pero luego va!

En los momentos fundamentales, en los evangelios siempre escuchamos estas palabras: “¡No tengan miedo!” San Juan nos dice que “el amor perfecto elimina el temor”. Comencemos, entonces, orando para que el Señor libre nuestros corazones del miedo. Para algunos es miedo al cambio, para otros es miedo a que nada cambie. “Pero a lo único que debemos tenerle miedo es el miedo mismo” (1).

Por supuesto, todos tenemos miedos, pero Santo Tomás de Aquino nos enseñó que el valor consiste en negarse a ser esclavo del miedo. Siempre podemos ser sensibles a los miedos de los demás, ¡especialmente de aquellos con los que no estamos de acuerdo! "Como Abraham, nos ponemos en camino sin saber adónde vamos" (cf. Hebreos 11, 8). Pero si liberamos nuestros corazones del miedo, será mucho mejor de lo que podemos imaginar.

Nos guiará en este retiro la meditación sobre la Transfiguración. Es el retiro que Jesús da a sus discípulos más cercanos antes de que se aventuren en el primer sínodo de la vida de la Iglesia, mientras caminan juntos (syn-hodos) hacia Jerusalén. Ese retiro era necesario porque tenían miedo del viaje que tenían que hacer juntos. Hasta entonces habían recorrido todo el norte de Israel. Pero en Cesarea de Filipo, Pedro confesó que Jesús es el Cristo. Entonces Jesús les invita a ir con él a Jerusalén, donde sufrirá, morirá y resucitará. Ellos no pueden aceptarlo. Pedro trata de impedirselo. Jesús le llama "Satanás", "enemigo". La pequeña comunidad se paraliza. Entonces Jesús se la lleva al monte. Escuchemos el relato de San Marcos sobre lo que sucedió.

“Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y los llevó a ellos solos a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos e incluso sus ropas se volvieron resplandecientes, tan blancas como ningún batanero en el mundo sería capaz de blanquearlas. Y se les aparecieron Elías y Moisés, que conversaban con Jesús.

Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: “Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Levantemos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. No sabía que decir, porque estaban asustados. Se formó una nube que los cubrió con su sombra, y desde la nube salió una voz: 'Este es mi Hijo, el Amado, ¡escúchenlo!'. Y de pronto, mirando alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos” Marcos 9, 2-8.

Este retiro les da el valor y la esperanza para emprender su viaje. No siempre sale bien. Enseguida fracasan en su intento de liberar al joven del espíritu maligno. Discuten sobre quién es el más grande. No entienden al Señor. Pero se ponen en camino con una frágil esperanza. También nosotros nos preparamos para nuestro sínodo yendo a un retiro en el que, como los discípulos, aprendemos a escuchar al Señor. Cuando nos pongamos en camino dentro de tres días, a menudo seremos como aquellos discípulos, nos malinterpretaremos e incluso discutiremos. Pero el Señor nos conducirá hacia la muerte y la resurrección de la Iglesia. Pidamos también al Señor que nos dé esperanza: la esperanza de que este Sínodo conduzca a la renovación de la Iglesia y no a la división; la esperanza de que nos acerquemos unos a otros como hermanos y hermanas. Esta es nuestra esperanza, no sólo para la Iglesia católica, sino para todos nuestros hermanos y hermanas bautizados. Se habla de un "invierno ecuménico".

Nosotros esperamos una primavera ecuménica.

También nos unimos en la esperanza para la humanidad. El futuro se presenta oscuro. La catástrofe ecológica amenaza con destruir nuestro hogar. Este verano, incendios e inundaciones han devorado el mundo. Pequeñas islas empiezan a desaparecer bajo el mar. Millones de personas están en la calle, huyendo de la pobreza y la violencia. Cientos se han ahogado en el Mediterráneo, no lejos de aquí. Muchos padres se niegan a dar a luz en un mundo que parece condenado. En China, los jóvenes llevan camisetas en las que se lee "somos la última generación". Unámonos en la esperanza por la humanidad, especialmente en la esperanza por los jóvenes.

No sé cuántos padres están presentes en el sínodo, pero gracias por preocuparse por nuestro futuro. Después de un tiempo difícil en Sudán del Sur, en la frontera con el Congo, volé de regreso a Gran Bretaña, sentado junto a un niño que gritó sin parar durante ocho horas. Me avergüenza admitir que tuve pensamientos asesinos. Pero no hay ministerio sacerdotal más maravilloso que criar niños e intentar abrir sus mentes y sus corazones a la promesa de la vida. Los padres y los maestros son ministros de esperanza.

Por eso nos unimos en la esperanza de la Iglesia y de la humanidad. Pero aquí está la dificultad: ¡tenemos esperanzas contradictorias! ¿Cómo podemos esperar juntos? En esto somos como los discípulos. La madre de Santiago y Juan esperaba que sus hijos se sentaran a la izquierda y a la derecha del Señor en la gloria y ocuparan así el lugar de Pedro; también hay rivalidad en el círculo íntimo de los amigos de Jesús. Judas probablemente esperaba una rebelión que expulsara a los romanos. Algunos de ellos quizás simplemente esperaban no ser asesinados. Pero siguieron caminando juntos. ¿Qué esperanza compartida podemos tener nosotros? En la Última Cena recibieron una esperanza inimaginable: el cuerpo de Cristo y su sangre, la nueva alianza, la vida eterna. A la luz de esta esperanza eucarística, todas sus esperanzas contradictorias debieron parecer nulas, excepto la de Judas, que se desesperó. Es lo que San Pablo llamaba "esperar contra toda esperanza" (cf. Rm 4,18), la esperanza que supera todas nuestras esperanzas.

También nosotros estamos reunidos como los discípulos en la Última Cena, no como una cámara de debate político que compite por ganar. Nuestra esperanza es eucarística. Tuve mi primera experiencia de lo que esto significa en 1993, en Ruanda, cuando los problemas no habían hecho más que empezar. Habíamos planeado visitar a nuestras hermanas dominicas en el norte, pero el embajador belga nos dijo que nos quedáramos en casa. El país estaba en llamas. Pero yo era joven y tonto. Ahora soy viejo y tonto. Aquel día vimos cosas terribles: una sala de hospital llena de niños pequeños que habían perdido miembros a causa de las minas y las bombas. Un niño había perdido las dos piernas, un brazo y un ojo. Su padre estaba sentado a su lado y lloraba. Me fui llorando al monte, acompañado de dos niños, ambos saltando sobre una sola pierna.

Acudimos a nuestras monjas, pero ¿qué podía decir? Ante tanta violencia sin sentido no hay palabras. Entonces recordé las palabras del Señor: "Hagan esto en memoria mía". Se nos confía algo que hacer. Durante la Última Cena parecía no haber futuro. Sólo nos esperaba el fracaso, el sufrimiento y la muerte. Y en ese momento tan oscuro, Jesús hizo el gesto más esperanzador de la historia del mundo: "Esto es mi cuerpo, ofrecido en sacrificio por vosotros. Esta es mi sangre, derramada por vosotros". Esta es la esperanza que nos llama más allá de todas las divisiones.

Uno de mis hermanos del este de Ucrania fue a decir Misa por unas hermanas que se mudaban de casa. Todo estaba empaquetado. Todo lo que podían ofrecer como patena era un plato de plástico rojo. Escribió: "Así es como Dios nos ha mostrado que está con nosotros. Estas sentado en un sótano, entre la humedad y el moho, pero yo estoy contigo - en el plato de plástico rojo como un niño y no en una patena de oro". Esta es la esperanza eucarística del presente camino sinodal. El Señor está con nosotros.

La esperanza de la Eucaristía se refiere a lo que está más allá de nuestra imaginación. El libro del Apocalipsis: "Después de esto, apareció una multitud inmensa, que nadie podía contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas. Todos ellos estaban de pie ante el trono y ante el Cordero, envueltos en vestiduras blancas, y llevaban palmas en las manos. Y gritaban a gran voz: 'La salvación pertenece a nuestro Dios sentado en el trono y al Cordero'" (Ap. 7,9s). Esta es la esperanza que los discípulos vislumbraron en la montaña en el Señor transfigurado. Hace que el conflicto entre nuestras esperanzas parezca poco importante, casi absurdo. Si estamos realmente en el camino hacia el Reino, ¿importa realmente alinearse con los llamados tradicionalistas o progresistas? ¡Incluso las diferencias entre dominicos y jesuitas se vuelven insignificantes! Así que escuchémoslo, bajemos de la montaña y sigamos caminando con confianza. Los mayores dones vendrán de aquellos con quienes no estamos de acuerdo si tenemos el valor de escucharlos.

En el transcurso de nuestro viaje sinodal quizá nos preguntemos si estamos concluyendo algo. Los medios de comunicación probablemente decidirán que ha sido una pérdida de tiempo, sólo palabras. Mirarán a ver si se toman decisiones audaces sobre cuatro o cinco temas candentes. Pero los discípulos de aquel primer sínodo, caminando hacia Jerusalén, parecían no concluir nada. Incluso trataron de impedir que el ciego Bartimeo fuera curado. Parecían inútiles. Cuando las grandes multitudes hambrientas se reunieron en torno a Jesús, los discípulos preguntaron al Señor: "¿Y cómo has podido darles de comer pan aquí en el desierto?". Jesús les pide lo que tienen, sólo siete panes y unos pocos peces (cf. Mc 8,1-10). Es más que suficiente. Si en este sínodo damos generosamente lo que tenemos, será más que suficiente. El Señor de la mies proveerá.

Junto a nuestro priorato de Bagdad hay un hogar para niños abandonados de todas las religiones, dirigido por las hermanas de la Madre Teresa. Nunca olvidaré a la pequeña Nura, de unos ocho años, nacida sin brazos ni piernas, que daba de comer a los niños más pequeños con una cuchara sostenida con la boca. Uno puede preguntarse qué significado tienen los pequeños actos de bondad en una zona de guerra. ¿Suponen alguna diferencia? ¿No es simplemente como poner tiritas en un cuerpo en descomposición? Realizamos pequeños actos y dejamos que el Señor de la mies les dé el fruto que desea. Hoy estamos aquí reunidos en la fiesta de Santa Teresa de Lisieux. Nacida hace 150 años, nos invita a seguir su "pequeño camino" que conduce al Reino. Decía: "Recuerden que nada es trivial a los ojos de Dios".

En Auschwitz, el judío italiano Primo Levi recibía cada día un trozo de pan de Lorenzo. Escribió: "Creo que es a Lorenzo a quien debo el hecho de estar vivo hoy; no tanto por su ayuda material, sino por haberme recordado constantemente, con su presencia, con su manera fácil y sencilla de ser bueno, que todavía había un mundo justo fuera del nuestro, algo y alguien todavía puro y entero, incorrupto y no salvaje [...]; algo muy mal definido, una remota posibilidad de bien, por la que sin embargo contaba con preservarse [...]. Gracias a Lorenzo, sucedió que no olvidé que yo mismo era un hombre"(2). Aquella pequeña porción de pan le salvó el alma.

Las últimas palabras de San David, patrón de Gales, fueron "haz bien las cosas pequeñas". Nuestra esperanza es que todas las pequeñas cosas que hagamos en este sínodo den frutos mucho más allá de nuestra imaginación. Aquella última noche, Jesús se entregó a los discípulos: "Yo me ofrezco a vosotros". Durante este sínodo, compartamos no sólo nuestras palabras y convicciones, sino también a nosotros mismos, con generosidad eucarística. Si abrimos nuestros corazones unos a otros, sucederán cosas maravillosas. Los discípulos recogen todos los trozos de pan y pescado que sobran después de dar de comer a cinco mil personas. No se pierde nada.

Un último punto. Pedro trata de impedir que Jesús vaya a Jerusalén porque para él no tiene sentido. Es absurdo ir allí para que lo maten. La desesperación no es pesimismo, sino el terror a que nada tenga ya sentido. Y la esperanza no es optimismo, sino confianza en que todo lo que experimentamos, toda nuestra confusión y dolor, de alguna manera se verá que tiene sentido. Confiamos, como dice San Pablo: "Ahora conozco imperfectamente, pero entonces conoceré perfectamente, como yo también soy conocido" (1 Corintios 13,12).

La violencia sin sentido destruye todo significado y mata nuestras almas. Cuando San Óscar Romero, arzobispo de San Salvador, visitó el lugar de una masacre perpetrada por el ejército salvadoreño, se encontró con el cuerpo de un joven tendido en una zanja: "Era sólo un niño, en el fondo de la zanja, con la cara vuelta hacia arriba. Se veían los agujeros de bala, los hematomas de los disparos, la sangre congelada. Tenía los ojos abiertos, como si se preguntara por qué estaba

muerto y no lo entendiera" (3). Y, sin embargo, fue en ese momento cuando descubrió el sentido de su vida y la llamada a abandonarla. Sí, había tenido miedo hasta el final. Su cuerpo muerto estaba empapado en sudor mientras miraba al hombre que estaba a punto de matarle. Pero ya no era esclavo del miedo.

¡Espero que no haya violencia en este sínodo! Pero probablemente nos preguntaremos a menudo qué sentido tiene todo esto; sin embargo, si escuchamos a Él y nos escuchamos unos a otros, acabaremos comprendiendo el camino a seguir. Este es nuestro testimonio cristiano en un mundo que a menudo ha perdido la fe en que la vida humana tiene sentido. El Macbeth de Shakespeare afirma que la vida no es más que un "cuento hecho por un idiota, lleno de gritos y furia, que no significa nada" (4). Pero rezando y reflexionando juntos sobre los grandes problemas de la Iglesia y del mundo, damos testimonio de nuestra esperanza en el Señor que da sentido a toda vida humana.

Cada escuela cristiana es un testimonio de nuestra esperanza en la 'luz [que] brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la han recibido' (Juan 1:5). En Bagdad, los dominicos fundaron una academia con el lema "Aquí ninguna pregunta está prohibida". En medio de una zona de guerra, la escuela da testimonio de nuestra esperanza de que la estupidez de la violencia no tenga la última palabra. Homs (Siria) es una ciudad destruida en gran parte por la violencia sin sentido. Pero allí, entre las ruinas, descubrimos una escuela católica. El jesuita holandés Franz van der Lugt se negó a marcharse a pesar de las amenazas de muerte. Le dispararon mientras estaba sentado en el jardín. Pero encontramos a un anciano jesuita egipcio que seguía enseñando. Estaba preparando a otra generación de niños para que pudieran seguir intentando dar sentido a sus vidas. Así es la esperanza.

Así que, hermanos y hermanas, podemos estar divididos por diferentes esperanzas. Pero si escuchamos al Señor y nos escuchamos mutuamente, tratando de comprender su voluntad para la Iglesia y el mundo, estaremos unidos en una esperanza que trasciende nuestros desacuerdos y seremos tocados por lo que San Agustín llamaba esa "belleza tan antigua y tan nueva [...] Te he gustado, y ahora tengo hambre y sed de ti. Me has tocado, y ahora ardo en deseos de tu paz" (5). En el próximo encuentro examinaremos otra forma en la que podemos estar divididos, a través de nuestra comprensión del tipo de hogar que es la Iglesia.

Notas:

(1) Franklin D. Roosevelt

(2) Survival in Auschwitz, Sobrevivir en Aschwitz, "The Tablet", 21 de enero de 2006

(3) Scott Wright Oscar Romero and the Communion of Saints, Oscar Romero y la comunión de los santos, Orbis Nueva York 2009, p. 37

(4) Macbeth, Acto V Escena V

(5) Confessioni, Confesiones, lib. VII, lettura del Breviario per la sua festa, lecturas del Breviario para su fiesta

Meditación n.2

Traducción ofrecida por Vatican News

En casa en Dios y Dios en casa en nosotros. 1 de octubre de 2023



Llegamos a este Sínodo con esperanzas encontradas. Pero esto no debe ser un obstáculo insuperable. Estamos unidos en la esperanza de la Eucaristía, una esperanza que abarca y trasciende todo lo que deseamos.

Sin embargo, existe otra fuente de tensión. Nuestra concepción de la Iglesia como hogar a veces es conflictiva. Cada ser vivo necesita de un hogar para desarrollarse. Los peces necesitan agua y los pájaros los nidos. Sin un hogar, sin una casa, no podemos vivir. Diferentes culturas tienen diferentes concepciones de lo que quiere decir hogar. La *Instrumentum Laboris* nos dice que: “Asia ofreció la imagen de la persona que se quita los zapatos para cruzar el umbral, como signo de humildad para prepararse al encuentro con el otro y con Dios; Oceanía propuso la imagen del barco; África insistió en la imagen de la Iglesia como familia de Dios, capaz de ofrecer pertenencia y acogida a todos sus miembros, en toda su variedad” (B 1,2). Pero todas estas imágenes muestran que necesitamos de un lugar donde podamos ser aceptados y, al mismo tiempo, desafiados. En nuestro hogar nos afirmamos por lo que somos y somos llamados a ser más. El hogar es un lugar donde nos conocen y nos aman, donde estamos seguros, pero también es el lugar donde somos desafiados a embarcarnos en la aventura de la fe.

Debemos renovar la Iglesia como casa común si queremos hablar a un mundo que sufre de una crisis debida a la falta de hogar. Estamos consumando nuestra pequeña casa planetaria. Hay más que 350 millones de emigrantes en movimiento, huyendo de guerras y violencia. Miles de personas mueren cruzando los mares para intentar encontrar un hogar. Ninguno de nosotros puede sentirse completamente en casa si ellos no lo están. Incluso en los países ricos, millones de personas duermen en la calle. Los jóvenes a menudo no pueden permitirse una casa. Por doquier hay una terrible falta de hogar espiritual. El extremo individualismo, la disgregación de la familia, las desigualdades cada vez más profundas hacen que nos asalte un tsunami de

soledad. Los suicidios aumentan porque sin un hogar, físico y espiritual, no se puede vivir. Amar es volver a casa con alguien.

¿Que nos enseña esta escena de la Transfiguración respecto a nuestro hogar, en la Iglesia como en nuestro mundo desheredado? Jesús invita a su círculo de amigos más íntimos a separarse de él y disfrutar de este momento de intimidad. También ellos estarán con él en Getsemaní. Este es el círculo más íntimo de aquellos con los que Jesús se siente más cómodo. En la montaña les concede la visión de su gloria. Pedro quiere aferrarse a este momento. “Rabí, ¡que bueno es que estemos aquí!; hagamos tres moradas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Ha venido y quiere que este momento íntimo perdure.

Pero ellos oyen la voz del Padre. “¡Escuchen!”. Deben bajarse de la montaña y marcharse hacia Jerusalén, sin haber lo que les espera. Serán dispersados y enviados a los confines de la tierra para ser testigos de nuestro hogar definitivo, el Reino. Así que aquí vemos dos concepciones del hogar: el círculo íntimo en casa con Jesús en la montaña y la llamada a nuestro hogar definitivo, el Reino al que todos perteneceremos.

Del mismo modo, diferentes concepciones de la Iglesia como hogar nos dividen hoy en día. Para algunos se define por sus antiguas tradiciones y devociones, sus estructuras y lenguaje heredados, la Iglesia en la que crecimos y a la que amamos. Nos da una clara identidad cristiana. Para otros, la Iglesia actual no parece ser un hogar seguro. La experimentan como excluyente, marginando a muchas personas, mujeres, divorciados y vueltos a casar. Para algunos, es demasiado occidental, demasiado eurocéntrica. El Instrumentum Laboris menciona también a los gays y a los polígamos. Desean una Iglesia renovada en la que se sientan plenamente en casa, reconocidos, afirmados y seguros.

Algunos consideran que la idea de una acogida universal, en la que todos seamos aceptados independientemente de quiénes seamos, destruye la identidad de la Iglesia. Como en una canción inglesa del siglo XIX, "Si todo el mundo es alguien, entonces nadie es nadie"[1]; creen que la identidad requiere fronteras. Para otros, sin embargo, la apertura está en el corazón mismo de la identidad de la Iglesia. El Papa Francisco ha dicho: "La Iglesia está llamada a ser la casa del Padre, con las puertas siempre abiertas de par en par... donde hay sitio para todos, para cada uno con sus problemas, para salir al encuentro de quienes sienten la necesidad de reanudar su camino de fe..." [2].

Esta tensión ha estado siempre en el corazón de nuestra fe, desde que Abraham salió de Ur. En el Antiguo Testamento hay dos cosas en perpetua tensión entre sí: la idea de la elección, del pueblo elegido de Dios, del pueblo con el que Dios habita. Se trata de una identidad muy apreciada. Pero también existe el universalismo, la apertura a todas las naciones, una identidad que aún está por descubrir.

La identidad cristiana es al mismo tiempo conocida y desconocida, dada y que se debe buscar. San Juan dice: “Queridos, ahora somos hijos de Dios, pero Él todavía no nos ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. (1 Juan 3,1 -2). Sabemos quiénes somos y, sin embargo, no sabemos quiénes seremos.

Para algunos de nosotros, la identidad cristiana está por sobre todo dada, la Iglesia que conocemos y amamos. Para otros, la identidad cristiana es siempre provisional, nos espera en el camino hacia el Reino en el que caerán todos los muros. Ambas son necesarias. Si insistimos sólo en que nuestra identidad está dada - Esto es lo que significa ser católico - corremos el riesgo de convertirnos en una secta. Si sólo insistimos en la aventura hacia una identidad aún por descubrir, corremos el riesgo de convertirnos en un vago movimiento de Jesús. Pero la Iglesia es signo y sacramento de unidad de toda la humanidad en Cristo (LG1) en el ser las dos cosas al mismo tiempo. Ahora moramos en la montaña y saboreamos la gloria. Pero caminamos hacia Jerusalén, ese primer sínodo de la Iglesia.

¿Cómo debemos vivir esta tensión necesaria? Toda teología surge de la tensión, que dobla el arco para disparar la flecha. Esta tensión está en el corazón del evangelio de San Juan. Dios hace su morada en nosotros: "Los que me aman guardarán mi palabra, y mi Padre los amará, y vendremos a él para poner morada en él" (14.23). Pero Jesús también nos promete nuestro hogar en Dios: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas. De no ser así, no les habría dicho que voy a prepararles un lugar." (Juan 14,2).

Cuando pensamos en la Iglesia como un hogar, algunos pensamos principalmente en Dios viniendo a casa, y otros en nosotros yendo a casa de Dios. Ambas cosas son ciertas. Necesitamos sintonizar con los que piensan de forma diferente. Apreciamos el círculo íntimo en la montaña, pero bajamos y caminamos hacia Jerusalén, errantes y sin hogar. " Escúchenlo".

Así, en primer lugar, Dios se instala entre nosotros. El Verbo se hace carne en un judío palestino del siglo I, educado en las costumbres de su pueblo. La Palabra se hace carne en cada una de nuestras culturas. En las pinturas italianas de la Anunciación, vemos hermosas casas de mármol, con ventanas que dan a olivos y jardines de rosas y lirios. Los pintores holandeses y flamencos muestran a María con un horno caliente, bien envuelta para protegerse del frío. Sea cual sea tu casa, Dios viene a habitar en ella. Durante treinta años de silencio, Dios habitó en Nazaret: un insignificante lugar secundario. Natanael exclamó indignado: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" (Jn 1,46). Felipe se limitó a responder: " Ven y verás ".

"Todos nuestros hogares son Nazaret, donde habita Dios. San Carlos de Foucauld dijo:" Dejen que Nazaret sea vuestro modelo, en toda su sencillez y amplitud ...la vida de Nazaret puede vivirse donde sea. Vívela donde sea más útil para tu prójimo" [3].

Estemos donde estemos y hayamos hecho lo que hayamos hecho, Dios viene a visitarnos: "he aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3,20).

Atesoremos, pues, los lugares donde encontramos al Emmanuel. "Dios con nosotros". Amamos las liturgias donde vislumbramos la belleza divina, las iglesias de nuestra infancia, las devociones populares. Amo la gran abadía benedictina de mi colegio, donde por primera vez percibí abiertas las puertas del cielo. Cada uno tenemos nuestro Monte Tabor, en el que hemos vislumbrado la gloria. Lo necesitamos. Por eso, cuando se cambian las liturgias o se derriban las iglesias, la gente siente una gran pena, como si se destruyera su hogar en la Iglesia. Como Pedro, queremos quedarnos.

Cada Iglesia local es un hogar para Dios. Nuestra Madre María se apareció en Inglaterra en Walsingham, el gran santuario medieval, en Lourdes, en Guadalupe en México, en Czestochowa en Polonia, en La Vang en Vietnam y en Donglu en China. No hay competencia mariana. En Inglaterra decimos: "La buena noticia es que Dios te ama. La mala noticia es que también ama a todos los demás". San Agustín decía: "Dios ama a cada uno de nosotros como si sólo hubiera uno"[4]. En la basílica de Notre Dame d' Africa, en Argel, está escrito: "Priez pour nous et pour les Musulmans", " Recen por nosotros y por los musulmanes".

A los sacerdotes a menudo les resulta más difícil abrazar el camino sinodal. Los sacerdotes atendemos estos lugares de culto y celebramos sus liturgias. Los sacerdotes necesitan un fuerte sentido de identidad, un "esprit de corps". Pero, ¿quiénes seremos en esta Iglesia liberada del clericalismo? ¿Cómo puede el clero abrazar una identidad que no sea clerical? Este es un gran desafío para una Iglesia renovada. Abracemos sin miedo una nueva comprensión fraterna del sacerdocio ministerial. Quizás podamos descubrir cómo esta pérdida de identidad es en realidad una parte intrínseca de nuestra identidad sacerdotal. Es una vocación que va más allá de cualquier identidad, porque "lo que hemos de ser aún no se ha manifestado" (1 Jn 3, 2).

Dios construye su hogar ahora en lugares que el mundo desprecia. Nuestro hermano dominico Frei Betto describe cómo Dios construyó su hogar en una prisión de Brasil. Algunos dominicos fueron encarcelados por su oposición a la dictadura (1964-1985). Betto escribe: "El día de Navidad, fiesta de la vuelta a casa de Dios, la alegría es incontenible. Noche de Navidad en la cárcel... Ahora toda la prisión canta, como si nuestro canto, feliz y libre, debiera resonar en todo el mundo. Las mujeres cantan en su sección y nosotros aplaudimos.... Aquí todo el mundo sabe que es Navidad, que alguien renace. Y con nuestro canto damos testimonio de que también nosotros renacemos para luchar por un mundo sin lágrimas, sin odio y sin opresión. Causa cierta impresión ver estos rostros jóvenes apretados contra los barrotes y cantando su amor. Inolvidable. No es un espectáculo para nuestros jueces, ni para el fiscal, ni para la policía que nos detuvo. Les parecería intolerable la belleza de esta noche. Los torturadores temen una sonrisa, aunque sea débil".

Así vislumbramos la belleza del Señor en nuestro monte Tabor, donde, como Pedro, queremos plantar nuestras tiendas. ¡Bien! Pero "¡Escuchadle!". Disfrutemos de ese momento y luego bajemos del monte y caminemos hacia Jerusalén. En cierto sentido, debemos convertirnos en vagabundos. "Las zorras tienen sus guaridas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza". (Lucas 9, 58). Caminan hacia Jerusalén, la ciudad santa donde reside el nombre de Dios. Pero allí Jesús muere fuera de los muros por el bien de todos los que viven fuera de los muros, como Dios se reveló a su pueblo en el desierto, fuera del campamento. James Alison escribió: "Dios está en medio de nosotros como un expulsado"[5]. "Por eso también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta de la ciudad. ¡Salgamos, pues, también nosotros del campamento y acerquémonos a él, soportando las vejaciones que él soportó!". (Hebreos 12,12s).

El Arzobispo Carlos Aspíroz da Costa escribió a la Familia Dominicana cuando era Maestro: "Fuera del campamento, entre todos esos 'otros' relegados a un lugar fuera del campamento, es donde encontramos a Dios. La itinerancia exige salir de la institución, de las percepciones y creencias culturalmente condicionadas, porque es 'fuera del campamento' donde encontramos a un Dios que no puede ser controlado. Es 'fuera del campamento' donde encontramos al Otro que es diferente y descubrimos quiénes somos y qué debemos hacer"[6]. Saliendo fuera es como

llegamos a un hogar en el que "no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús" (Gálatas 3,26).

En los años 80, reflexionando sobre la respuesta de la Iglesia al sida, visité un hospital en Londres. El médico me dijo que había un joven que pedía un sacerdote llamado Timothy. Por providencia de Dios, conseguí ungirle justo antes de que muriera. Pidió ser enterrado en la catedral de Westminster, el centro del catolicismo en Inglaterra. Estaba rodeado de la gente corriente que acudía a esa misa entre semana, así como de enfermos de sida, enfermeras, médicos y amigos homosexuales. El que había estado en la periferia, por su enfermedad, por su orientación sexual y, sobre todo, por haber muerto, estaba en el centro. Estaba rodeado de aquellos para los que la Iglesia era su hogar y de aquellos que normalmente nunca entrarían en una iglesia.

Nuestras vidas se nutren de tradiciones y devociones muy queridas. Si se pierden, nos afligimos. Pero también debemos recordar a todos aquellos que todavía no se sienten en casa en la Iglesia: ¡las mujeres que no se sienten reconocidas en un patriarcado de viejos hombres blancos como yo! Personas que sienten que la Iglesia es demasiado occidental, demasiado latina, demasiado colonial.... Debemos caminar hacia una Iglesia en la que ya no estén en los márgenes, sino en el centro.

Cuando Thomas Merton se hizo católico descubrió a "Dios, ese centro que está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna, mientras que a mí me encuentra". Renovar la Iglesia, entonces, es como hornear pan. Uno junta los bordes de la masa en el centro y extiende el centro hacia los bordes, llenándolo de oxígeno. Se hace el pan invirtiendo la distinción entre los bordes y el centro, haciendo que el pan de Dios, cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia está en ninguna, nos encuentre.

Una última palabra muy breve. Varias veces, durante la preparación de este sínodo, se ha planteado la pregunta: "¿Pero cómo podemos estar a gusto en la Iglesia con el horrible escándalo de los abusos sexuales?". Para muchos fue la gota que colmó el vaso. Hicieron las maletas y se marcharon. Hice esta pregunta en una reunión de directores de colegios católicos en Australia, donde la Iglesia ha quedado terriblemente desfigurada por este escándalo. ¿Cómo pudieron quedarse? ¿Cómo pudieron seguir en casa?

Uno de ellos citaba a Charles Carretto (1910-1988), Hermano Menor de Charles de Foucauld. Las palabras de Carretto resumen la ambigüedad de la Iglesia, mi casa, pero aún no mi hogar, que revela y oculta a Dios.

"¡Cuánto debo criticarte, Iglesia mía, y sin embargo cuánto te amo! Me has hecho sufrir más que nadie y, sin embargo, te debo más que nadie. Quisiera verte destruida, y sin embargo necesito tu presencia. Me has escandalizado mucho, y sin embargo sólo tú me has hecho comprender tu santidad. ... Incontables veces he querido cerrarte la puerta de mi alma en las narices, y, sin embargo, todas las noches he rezado para morir en tus seguros brazos. No, no puedo librarme de ti, porque soy uno contigo, aunque no completamente. Y entonces, ¿adónde iría? ¿A construir otra iglesia? Pero no podría construir una sin los mismos defectos, porque son mis defectos".

Al final del Evangelio de Mateo, Jesús dice: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos". Si el Señor se queda, ¿cómo podríamos irnos? Dios se ha acomodado en nuestra casa, con todas nuestras escandalosas limitaciones, para siempre. Dios permanece en nuestra Iglesia, incluso con toda la corrupción y los abusos. Por tanto, debemos permanecer. Pero Dios está con

nosotros para conducirnos a los espacios más amplios del Reino. Necesitamos a la Iglesia, nuestro hogar actual con todas sus debilidades, pero también para respirar el oxígeno lleno del Espíritu de nuestro futuro hogar sin fronteras.

[1] W. S. Gilbert, *The Gondoliers*, 1889

[2] *Evangelii Gaudium* parágrafo 47.

[3] Cathy Wright LSJ *St Charles de Foucauld: His Life and Spirituality*, p.111

[4] *Confessions*. Book 3

[5] *Knowing Jesus* p.71

[6] *Letter to the Order on Itinerancy*

[1] W. S. Gilbert, *The Gondoliers* [Los Gondoleros], 1889

[2] *Evangelii Gaudium* par. 47.

[3] Cathy Wright LSJ, *St Charles de Foucauld: His Life and Spirituality* [San Carlos de Foucauld: Su vida y espiritualidad], p. 111

[4] *Confesiones*. Libro 3

[5] *Knowing Jesus* [Conocere a Jesús] p.71

[6] *Letter to the Order on Itinerancy* [Carta a la Orden sobre la itinerancia]

Meditación n. 3

Traducción ofrecida por Vatican News

Amistad. 2 de octubre de 2023



La noche antes de su muerte, Jesús reza al Padre “porque sean una cosa sola, como nosotros” (Juan 17,11). Pero, desde el principio, en casi todos los documentos del Nuevo Testamento vemos los discípulos divididos, peleándose y excomulgándose unos a otros. Estamos reunidos en este sínodo porque también nosotros estamos divididos, y esperamos y rezamos por la unidad de corazones y mentes. Este tiene que ser nuestro

precioso testimonio en un mundo desgarrado por los conflictos y las desigualdades. El Cuerpo de Cristo debe encarnar esa paz que Jesús ha prometido y que el mundo anhela, Ayer examiné dos fuentes de división: nuestras esperanzas contrapuestas y nuestras diferentes visiones de la Iglesia como hogar. Pero estas tensiones no tienen por qué separarnos: somos portadores de una esperanza que va más allá de la esperanza, y el Señor nos dice que en la espaciosa casa del Reino hay "muchos lugares" (Juan 14:2). Por supuesto, no todas las esperanzas u opiniones son legítimas. Pero la ortodoxia es espaciosa y la herejía es estrecha. El Señor saca a su rebaño del pequeño recinto del redil para llevarlo a los vastos pastos de nuestra fe. En Pascua lo sacará del pequeño recinto cerrado para llevarlo a la inmensidad sin límites de Dios, a la "abundancia de Dios" (1).

Así que escuchémoslo juntos. ¿pero cómo? Un obispo alemán se preocupó por el “tono cáustico” durante los debates del sínodo. Dijo que había sido “más un intercambio retórico de golpes verbales” que un debate ordenado (2). Obviamente son necesarios debates racionales ordenados. ¡Como dominicano nunca podría negar la importancia de la razón! Pero si queremos ir más allá de nuestras diferencias necesitamos algo más. El rebaño confía en la voz del Señor porque es la de un amigo. El presente Sínodo será fructífero solo si conduce a una amistad más profunda con el Señor y entre nosotros.

La víspera de su muerte, Jesús se dirige a los discípulos que están a punto de traicionarlo, negarlo y abandonarlo diciéndoles: "Os he llamado amigos" (Juan 15, 15). Somos abrazados por la amistad salvadora de Dios, que abre las puertas de las cárceles que nos creamos. “Dios invisible [...] en su gran amor habla a los hombres como amigos” (Concilio Vaticano II, Dei Verbum, n. 2). Abrió el camino a la eterna amistad de la Trinidad. Esta amistad se ofreció a sus discípulos, a los publicanos y a las prostitutas, a los doctores de la ley y a los extranjeros. Fue la primera prueba del Reino. Tanto el Antiguo Testamento como la Grecia y la Roma clásicas consideraban tales amistades imposibles. La amistad sólo existía entre los buenos. La amistad con los malos se consideraba imposible. Como dice el Salmo 26: “Odio la alianza de los malvados” (Salmos 26, 5). Los villanos no tienen amistades, ya que sólo colaboran para malas acciones. Pero nuestro Dios siempre ha sido propenso a tener amistad es trascendentales. Amaba Jacob, el engañador, a David el asesino y adúltero, Y a Salomón, el idólatra.

Además, la amistad sólo era posible entre iguales. Pero la gracia nos eleva a la amistad divina. Tomás de Aquino afirma “solus Deus deificat”, sólo Dios puede hacernos divinos. Hoy es la fiesta

de los Ángeles Custodios, los cuales son señal de la amistad única que Dios tiene con cada uno de nosotros. El Santo Padre en la fiesta de los Ángeles Custodios dijo “nadie camina solo y ninguno de nosotros puede pensar que está solo” (3) Mientras estamos en el viaje, cada uno de nosotros está rodeado de amistad divina.

Predicar el evangelio nunca es simplemente comunicar informaciones. Es un acto de amistad. Hace cien años, Vincent McNabb, OP, dijo “ama a aquellos a quienes predicas. Si no lo haces, no prediques. Predícate a ti mismo”. Se dice de Santo Domingo que era amado por todos porque amaba a todos. Santa Catalina de Siena estaba rodeada de un círculo de amigos: hombres y mujeres, laicos y religiosos Eran conocidos como los ‘caterinati’, es decir el pueblo de Catalina. San Martín de Porres suele representarse con un gato, un perro y un ratón comiendo del mismo plato. ¡Una hermosa imagen de la vida religiosa!

No había amistades fáciles entre los hombres y las mujeres del Antiguo Testamento. El Reino irrumpió con Jesús rodeado de sus amigos, hombres y mujeres. Aún hoy muchos dudan de que sea posible una amistad inocente entre un hombre y una mujer. Los hombres temen las acusaciones; las mujeres temen la violencia masculina; Los jóvenes temen el abuso. Debemos encarnar la espaciosa amistad de Dios. Por eso, predicamos el evangelio a través de amistades que trascienden fronteras. Dios ha superado la división entre Creador y creatura. ¿Qué amistades imposibles podemos hacer?

Cuando el Beato Pierre Claverie fue ordenado obispo de Orán, Argelia, en 1981, dijo a sus amigos musulmanes: “Yo también les debo lo que hoy soy. Contigo, aprendiendo árabe, aprendí sobre todo a hablar y comprender la lengua del corazón, la lengua de la amistad fraterna, donde las razas y las religiones entran en comunión entre sí...Porque creo que esta amistad viene de Dios y conduce a Dios” (4). Tenga bien en cuenta: ¡fue la amistad lo que lo convirtió en lo que era! Fue por su amistad que fue asesinado por los terroristas, junto a un joven amigo musulmán, Mohammed Bouckichi. Después de su beatificación, se representó la obra teatral, Pierre et Mohamed. La madre de Mohamed asistió a esa obra sobre la muerte del hijo y besó al actor que lo interpretaba.

La buena noticia que los jóvenes esperan saber de nosotros es que Dios les tiende la mano en amistad. Esta es la amistad que desean y buscan en Instagram o TikTok. Cuando era adolescente, me hice amigo de algunos sacerdotes católicos. Con ellos descubrí el gozo de la fe. Lamentablemente, la crisis de abuso sexual ha hecho que estas amistades fueran sospechosas. Más que un pecado sexual, es un pecado contra la amistad. El círculo más profundo del Infierno de Dante estaba reservado para quienes traicionan la amistad. Por lo tanto, el fundamento de todo lo que vamos a hacer en este sínodo tendrían que ser las amistades que creamos. No parece demasiado. No generará grandes titulares en los medios. “¡Vinieron hasta Roma para hacer amigos! ¡Que desperdicio!”. Pero es a través de la amistad que hacemos el paso del “yo” al “nosotros” (IL.A.1.25). Sin él no lograremos nada. Cuando el arzobispo anglicano de Canterbury Rober Runice se reunió con San Juan Pablo II, quedó decepcionado porque no parecía haberse logrado ningún progreso hacia la unidad. Pero el Papa le dijo que tuviera fe. “La colegialidad afectiva precede a la colegialidad efectiva”.

El ‘Instrumentum laboris habla de la soledad de muchos sacerdotes y de su “necesidad de cuidado, amistad y apoyo” (B. 2. 4., b). Al centro de la vocación sacerdotal está el arte de la amistad. Ésta

es la amistad eterna e igualitaria de nuestro Dios Uno y Trino. Entonces todo el veneno del clericalismo se disolverá. Y también la vocación a la paternidad puede ser solitaria y necesita de amistades que la apoyen. La amistad es una tarea creativa. En inglés nosotros decimos que ‘caemos enamorados’ pero hacemos amistad. Después de la parábola del buen samaritano, Jesús pregunta a los intérpretes de la ley:” Cuál de estos tres se hizo prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones?” (Lucas 10, 36). Les dice a los discípulos que deben hacerse amigos refiriéndose al dinero deshonesto (Lucas 16, 9). En el Sínodo tenemos la tarea creativa de hacer amistades improbables, especialmente con personas con las que no estamos de acuerdo. Si crees que estoy diciendo tonterías, ¡ven y sé mi amigo!

¡Esto puede sonar terrible! Imagínenme avanzando amenazadoramente hacia ustedes, ferozmente decidido a convertirme en tu amigo. ¡Querrán escaparse! Pero la base de la amistad es simplemente estar unos con los otros. Es el placer de la presencia de los demás. Jesús invita a su círculo más cercano, Pedro, Santiago, y Juan, a quedarse en la montaña con él, así como estarán con él en el Huerto de Getsemaní. Después de la Ascensión buscan a alguien que sustituya a Judas, alguien que haya estado con el Señor y con ellos. Pedro dice que debe ser uno “de los que fueron nuestros compañeros todo el tiempo que el Señor Jesús vivió entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue llevado arriba de nosotros al cielo” (Hechos 1, 21-22). El Paraíso será simplemente estar con el Señor. Cuatro veces durante la Eucaristía escuchamos las palabras “El Señor esté con ustedes”. Esta es la amistad divina. La hermana Wendy Becket describió la oración como “estar desprotegidos, impotentes en la presencia del Señor”. No hace falta decir nada más.

En su libro sobre la amistad espiritual, San Aelred de Rievaulx, un abad monje del siglo XII, escribió: “Aquí estamos, tú y yo, y espero que Cristo actúe como un tercero con nosotros. Nadie puede interrumpirnos ahora... Así que ven querido amigo, revela tu corazón y di lo que piensas”. ¿Tendremos el valor de decir lo que pensamos?

En los Capítulos Generales dominicos, por supuesto, discutimos y tomamos decisiones. Pero también rezamos y comemos juntos, salimos a caminar, tomamos una copa y nos divertimos. Nos regalamos mutuamente el bien más importante: nuestro tiempo. Construyamos una vida en común. Luego surgirán amistades improbables. Idealmente, también deberíamos hacer esto durante estas tres semanas del sínodo en lugar de tomar caminos separados al final del día. Esperamos que esto sea posible durante la próxima sesión de este sínodo.

El amor creativo de Dios nos da espacio. Herbert McCabe, OP, escribió: “El poder de Dios está sobre todo en dejar que las cosas sean. “Hágase la luz”: el poder creativo es sólo aquel poder que, debido a que tiene como resultado que las cosas sean como son, no puede interferir con las criaturas.

Obviamente crear no hace ninguna diferencia a las cosas, les permite ser ellas mismas. La creación es simplemente dejar ser las cosas, y nuestro amor es una vaga imagen de ello” (5).

Muchas veces no se necesitan palabras. Una joven argelina llamada Yasmina dejó una nota cerca del lugar del martirio de Pierre Claverie. Arriba escribió: “Esta tarde, padre, no tengo palabras. Pero tengo lágrimas y esperanza” (6).

Si estamos juntos así, nos veremos como si fuera la primera vez. Cuando Jesús cena con el fariseo

Simón, entra una mujer, probablemente la prostituta local, y llorando le lava los pies con sus lágrimas. Simone está sorprendida. ¿No ve Jesús quién es esa mujer? Pero Jesús responde: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; pero ella mojó mis pies con sus lágrimas y los secó con sus cabellos” (Lucas 7, 44).

Israel había anhelado ver el rostro de Dios y durante siglos había cantado "que resplandezca tu rostro y seremos salvos" (Salmos 80, 8). Pero era imposible ver a Dios y vivir. Israel anhelaba lo que era insoportable: la visión del rostro de Dios, y este rostro se reveló en Jesús. Los pastores pudieron verlo como un niño durmiendo en el pesebre y viviendo. El rostro de Dios se hizo visible, pero fue Dios quien murió, cerrando los ojos en una cruz.

En la segunda oración eucarística rezamos para que el difunto sea admitido a la luz del rostro de Dios. La Encarnación es la visibilidad de Dios. Un antiguo teólogo, probablemente San Agustín, imagina un diálogo entre Dios y el buen ladrón que murió juntos. con Jesús Él dice: “No he hecho ningún estudio particular de las Escrituras. Yo era un ladrón a tiempo completo. Pero en cierto momento, en mi dolor y aislamiento, encontré a Jesús mirándome y, en su mirada, comprendí todo” (7).

En este tiempo entre la primera y la segunda venida de Cristo debemos ser ese rostro unos para otros. Vemos a los que son invisibles y sonreímos a los que se sienten avergonzados. Un dominicano estadounidense, Brian Pierce, visitó una exposición de fotografías sobre niños de la calle en Lima, Perú. Debajo de la foto de un niño pequeño estaba la leyenda: “Sabes que existo, pero no me ven”. Sabes que existo como un problema, como una molestia, como una estadística, ¡pero no me ven!

En Sudáfrica, un saludo común es "sawabona", que significa "te veo". Millones de personas se sienten invisibles. Nadie los mira con consideración. ¡A menudo hay personas tentadas a cometer actos de violencia simplemente para que la gente los vea! ¡Mira, estoy aquí! Es mejor ser visto como un enemigo que no ser visto en absoluto.

Thomas Merton entró en la vida religiosa porque quería escapar de la maldad del mundo. Pero unos años de vida cisterciense le abrieron los ojos a la belleza y la bondad de las personas. Un día, en la calle, se le cayó un velo de los ojos. En su diario escribió: “Entonces fue como si de repente viera la belleza secreta de sus corazones, la profundidad de sus corazones, donde ni el pecado ni el deseo ni el autoconocimiento pueden llegar, el centro de su ser, la persona que cada uno es ante los ojos de Dios. Si solamente pudieran verse a sí mismos como realmente son. Si tan solo pudiéramos vernos siempre de esa manera. No habría más guerra, no más odio, no más codicia” (8).

Nuestro mundo está hambriento de amistad, pero está siendo subvertido por tendencias destructivas: el crecimiento del populismo, donde las personas están unidas por narrativas simplistas, lemas fáciles y ceguera masiva. Y hay un agudo individualismo, lo que significa que lo único que tengo es mi historia. Terry Eegleton escribió: “los viajes ya no son comunes, sino hechos a medida, más parecidos a un autostop que a un viaje en autobús. Ya no se producen en masa, sino que en su mayoría se emprenden solos. El mundo ha dejado de estar moldeado por historias, lo que significa que puedes hacer tu vida a medida que avanza” (9). Pero “mi historia” es nuestra historia, la historia del evangelio, que puede contarse de maneras maravillosamente diferentes.

Una última y breve consideración. C.S. Lewis dijo que los amantes se miran mientras los amigos miran en la misma dirección. Puede que no estén de acuerdo, pero al menos comparten algunas de las mismas preguntas. Cito: “¿Estás interesado en la misma verdad?”. La persona que esté de acuerdo con nosotros en que algunas cuestiones, poco consideradas por otros, pueden ser de gran importancia, puede ser nuestro amigo. No es necesario que esté de acuerdo con nosotros en la respuesta (10).

Lo más valiente que podemos hacer en este sínodo es ser honestos unos con otros acerca de nuestras dudas y preguntas, aquellas para las que no tenemos respuestas claras. Entonces nos acercaremos como compañeros buscadores, mendigos de la verdad.

En Monseñor Quijote de Graham Greene, un sacerdote católico español y un alcalde comunista se van de vacaciones juntos. Un día se cuentan sus dudas. El sacerdote dice: “es curioso cómo compartir un sentimiento de duda puede unir a los hombres quizás incluso más que compartir una fe. El creyente peleará con otro creyente por un matiz de diferencia; el que duda lucha sólo consigo mismo” (11).

En su diálogo con el rabino Skorka, el Papa Francisco dijo: “los grandes líderes del pueblo de Dios fueron hombres que dejaron lugar a la duda, y quien quiera guiar al pueblo de Dios debe dejar espacio al Señor: por eso debe hacer Él mismo es pequeño, tiene la experiencia íntima de no saber cómo actuar. Así damos lugar a Dios y a su acción. Entonces, hacerte pequeño, encerrarte en ti mismo con la duda, la experiencia interna de la oscuridad, de no saber qué hacer, todo esto es, en última instancia, muy purificador. El mal líder es el que tiene confianza en sí mismo, es testarudo. Una de las características de un mal líder es que es demasiado normativo debido a su confianza en sí mismo” (ver Sobre el cielo y la tierra, p. 52).

Si no existe una preocupación común por la verdad, ¿qué base hay entonces para la amistad? La amistad es difícil en nuestra sociedad, en parte porque la sociedad ha perdido la fe en la verdad o está apegada a estrechas verdades fundamentalistas que no se pueden discutir. Solzhenitsyn dijo que “una palabra de verdad pesa más que el mundo entero” (13). Uno de mis hermanos en el autobús escuchó el discurso de dos mujeres sentadas frente a él. Una se quejó del sufrimiento que tuvo que soportar. La otra le dijo: “Querida, hay que tomárselos con filosofía”. “¿Qué significa 'con filosofía'?”. “Significa que no pienses en eso”.

La amistad prospera cuando tenemos el coraje de compartir nuestras dudas y buscar la verdad juntos. ¿Qué sentido tiene hablar con personas que ya lo saben todo o están completamente de acuerdo? ¿Pero cómo podemos hacerlo? Este es el tema de la conferencia.

Notas:

- (1) El utilizo más antiguo fue rescontrado en Tomas Bacon (1512/13-1567)
- (2) “The Tablet”, Christa Pontgratz-Lippitt, 20 de marzo de 2023
- (3) Papa Francisco, Meditaciones matutinas en la Capilla Sanctae Marthae, 2 de octubre de 2014).
- (4) Cardenal Murphy O’Connor, A Life poured out, Una vida derramada p. VIII
- (5) God Matters, Dios importa, Darton, Longman and Todd, Londres, 1987, p. 108
- (6) Paul Murray, OP, Scars: Essays, poems and meditations on affliction, cicatrices: ensayos, poemas y meditaciones sobre la aflicción, Bloomsbury, 2014, p. 47)

(7) citado por Paul Murray, OP, Scars, Cicatrices, p. 143.

(8) citado por Willam H. Shannon, Seeds of Peace: Contemplation and non-violence, Semillas de Paz: Contemplación y no violencia, Nueva York, 1996, p. 63

(9) Terry Eagleton, “What’s Your Story?”, ¿Cuál es tu historia? in London Review of Books, February 16, 2023 <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v45/n04/terry-eagleton/what-s-your-story>
(10)p. 66

(11) Monseñor Quijote. Nueva York: Penguin Classics [1982] 2008, pg. 41.

(12) Bergoglio, Jorge Mario y Abraham Skorka. On Heaven and Earth. En el Cielo y la Tierra, Nueva: Image [2010] 2013, p. 52, citado en Marc Bosco, SJ ‘Colouring Catholicism: Greene in the Age of Pope Francis’. Coloreando el catolicismo. ‘Greene en él era del Papa Francisco’

(13) Discurso en la entrega del Premio Nobel de 1970, “Una palabra de verdad”

Meditación n. 4

Traducción ofrecida por Vatican News

Conversaciones sobre el camino a Emaús – 2 octubre, 2023



Estamos llamados a recorrer el camino sinodal en amistad. De lo contrario no llegaremos a ninguna parte. La amistad, con Dios y entre nosotros, tiene sus raíces en la alegría, en el gozo, de estar juntos, pero necesitamos palabras. En Cesarea de Filipo la conversación se detuvo. Jesús había llamado a Pedro "Satanás", enemigo. En la montaña todavía no sabe qué decir, pero los discípulos comienzan a escucharlo y así la conversación puede reanudarse mientras se dirigen hacia Jerusalén.

En el camino, los discípulos discuten, malinterpretan a Jesús y finalmente lo abandonan. Vuelve el silencio. Pero el Señor resucitado aparece y les ofrece palabras curativas para que se digan unos a otros. Nosotros también necesitamos palabras curativas que superen las fronteras que nos dividen: las fronteras ideológicas de izquierda y derecha, las fronteras culturales que dividen un continente de otro, las tensiones que a veces dividen a hombres y mujeres. Las palabras compartidas son el alma de nuestra Iglesia. Debemos encontrarlos por el bien de nuestro mundo, donde la violencia está alimentada por la incapacidad de la humanidad de escuchar. La conversación conduce a la conversión.

¿Cómo deberían comenzar las conversaciones? En el *Génesis*, después de la caída, hay un silencio terrible. La comunión silenciosa del Edén se ha convertido en el silencio de la vergüenza. Adán y Eva se esconden. ¿Cómo puede Dios superar este abismo? Dios espera pacientemente hasta que se hayan vestido para ocultar su vergüenza. Ahora están listos para su primera conversación bíblica. El silencio se rompe con una simple pregunta: "¿Dónde estás?". ¿Es esta una pregunta de información? Es una invitación a salir a la luz y permanecer visiblemente ante Dios.

Quizás esta sea la primera pregunta con la que deberíamos romper los silencios que nos separan. No: “¿Por qué tienes esas opiniones ridículas sobre la liturgia?” o “¿Por qué eres un hereje o un dinosaurio patriarcal?” o “¿Por qué estás sordo conmigo?”. Pero “¿Dónde estás?”, “¿Qué te preocupa?”. Este soy yo. Dios invita a Adán y Eva a salir de su escondite y mostrarse. Si nosotros también salimos a la luz y nos dejamos ver tal como somos, encontraremos palabras para los demás. En la preparación de este sínodo, a menudo ha sido el clero el que se ha mostrado más reacio a salir a la luz y compartir sus preocupaciones y dudas. Quizás tengamos miedo de que nos vean desnudos. ¿Cómo podemos animarnos unos a otros a no temer a la desnudez?

Después de la resurrección, el silencio del sepulcro vuelve a ser roto por preguntas. En el Evangelio de Juan: “¿Por qué lloras?”. En Lucas: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?”. Cuando los discípulos huyen a Emaús, están llenos de ira y desilusión. Las mujeres dicen haber visto al Señor, pero son sólo mujeres. ¡Como hoy, a veces las mujeres parecían no contar! Los discípulos huyen de la comunidad de la Iglesia, como tantos hoy. Jesús no bloquea su camino y no los condena. Él pregunta: “¿Cuáles son esas conversaciones que están teniendo entre ustedes?”. ¿Cuáles son las esperanzas y decepciones que se agitan en vuestros corazones? Los discípulos hablan enojados. En griego significa literalmente: “¿Cuáles son estas palabras que se tiran unos a otros?”. Entonces Jesús los invita a compartir su ira. Habían esperado que Jesús fuera quien redimiría a Israel, pero se equivocaron. Ha fracasado. Así que él camina con ellos y se abre a su ira y a su miedo.

Nuestro mundo está lleno de ira. Hablamos de la política de la ira. Un libro reciente se llama *American Rage*, *Rabia americana*. Esta ira contagia también a nuestra Iglesia. Ira justificada por el abuso sexual infantil. Ira por la posición de la mujer en la Iglesia. Ira contra esos horribles conservadores o esos horribles liberales. Como Jesús, tenemos el coraje de preguntarnos unos a otros: “¿De qué estás hablando? ¿Por qué estás enojado?”. ¿Tenemos el coraje de escuchar la respuesta? A veces me canso de escuchar toda esta rabia. No puedo soportar escuchar más. Pero debo escuchar, como lo hace Jesús, caminando hacia Emaús.

Mucha gente espera que sus voces sean escuchadas en este sínodo. Se sienten ignorados y sin voz. Ellos están en lo correcto. Pero sólo tendremos voz si escuchamos primero. Dios llama a las personas por su nombre. Abraham, Moisés, Samuel. Responden con la hermosa palabra hebrea *Hinneni*, “Aquí estoy”. El fundamento de nuestra existencia es que Dios se dirige a cada uno de nosotros por nuestro nombre y nosotros escuchamos. No el cartesiano “pienso, luego existo”, sino que escucho, luego existo. Estamos aquí para escuchar al Señor y a los demás. Como dicen “¡tenemos dos orejas pero solo una boca!” La palabra viene sólo después de escuchar.

Escuchamos no sólo lo que dice la gente, sino también lo que intenta decir. Escuchamos las palabras no dichas, las palabras que buscan. Hay un dicho siciliano: “La miglior parola è quella che non si dice”, “La mejor palabra es la que no se dice” (1). ¿Escuchamos para saber si tienen razón, si hay una pizca de verdad, incluso si lo que dicen está mal? Escuchemos con esperanza y no con desprecio. En el Consejo General de la Orden Dominicana teníamos una regla. Lo que dijeron los hermanos nunca fue una tontería. Puede ser desinformado, ilógico, incluso equivocado. Pero en algún lugar de sus palabras equivocadas hay una verdad que necesito escuchar. Somos mendigos en busca de la verdad. Los primeros frailes decían de Santo Domingo que “lo comprendía todo en la humildad de su inteligencia” (2).

Quizás las órdenes religiosas tengan algo que enseñar a la Iglesia sobre el arte de la conversación. San Benedicto nos enseña a buscar el consenso, Santo Domingo a amar el debate, Santa Catalina de Siena a deleitarnos en la conversación y San Ignacio de Loyola el arte del discernimiento. San Felipe Neri, el rol de la risa.

Si escuchamos de verdad, nuestras respuestas preconfeccionadas se desvanecerán. Nos quedaremos estupefactos y sin palabras, como Zacarías antes de empezar a cantar. Si no sé cómo responder al dolor o a la perplejidad de una hermana o de un hermano, debo dirigirme al Señor y pedirle que me dé las palabras. Entonces puede comenzar la conversación.

La conversación necesita un salto imaginativo a la experiencia de la otra persona. Ver con sus ojos y oír con sus oídos. Tenemos que ponernos en su piel. ¿De qué experiencias surgen sus palabras? ¿Qué dolor o esperanza llevan dentro? ¿Qué recorrido están haciendo?

En un Capítulo General Dominicano hubo un acalorado debate sobre la naturaleza de la predicación, ¡un tema siempre candente para los dominicos! El documento propuesto al Capítulo entendía la predicación como dialógica: proclamamos nuestra fe entablando una conversación. Pero algunos miembros del capítulo no estaban de acuerdo en absoluto, argumentando que esto rozaba el relativismo. Dijeron: "Debemos tener el valor de predicar la verdad con valentía". Poco a poco se hizo evidente que los hermanos que se enfrentaban hablaban desde experiencias muy diferentes.

El documento había sido escrito por un hermano que vivía en Pakistán, donde el cristianismo está necesariamente en constante diálogo con el islam. En Asia no hay predicación sin diálogo. Los hermanos que reaccionaron enérgicamente contra el documento procedían principalmente de la antigua Unión Soviética. Para ellos, la idea de dialogar con quienes les habían encarcelado no tenía sentido. Para superar el desacuerdo, la argumentación racional era necesaria pero no suficiente. Era necesario imaginar por qué la otra persona mantenía su punto de vista. ¿Qué experiencia le llevó a ese punto de vista? ¿Qué heridas lleva? ¿Cuál es su alegría?

Esto exigía que uno escuchara con toda su imaginación. El amor es siempre un triunfo de la imaginación, mientras que el odio es un fracaso de la imaginación. El odio es abstracto. El amor es particular. En la novela de Graham Greene *El poder y la gloria*, el héroe, un sacerdote pobre y débil, dice: "Cuando veías las arrugas en las comisuras de los ojos, la forma de tu boca, cómo crecía tu pelo, era imposible odiar. El odio era sólo un fracaso de la imaginación".

Tenemos que cruzar no sólo la izquierda y la derecha, o las fronteras culturales, sino también las generacionales. Tengo el privilegio de vivir con jóvenes dominicos cuyo itinerario de fe es diferente al mío. Muchos religiosos y sacerdotes de mi generación crecieron en familias muy católicas. La fe impregnaba profundamente nuestra vida cotidiana. La aventura del Concilio Vaticano II fue llegar al mundo secular. Los sacerdotes franceses iban a trabajar a las fábricas. Nos quitábamos el hábito y nos sumergíamos en el mundo. Una monja enfadada, al verme con el hábito, estalló: '¿Por qué sigues llevando esas cosas viejas?

Hoy, muchos jóvenes -sobre todo en Occidente, pero cada vez más en todas partes- crecen en un mundo laico, agnóstico o incluso ateo. Su aventura es descubrir el Evangelio, la Iglesia y la tradición. Llevan el hábito con alegría. Nuestros caminos son opuestos, pero no contradictorios. Como Jesús, debo caminar con ellos y aprender lo que enciende sus corazones. "¿De qué habláis?

¿Qué películas ven? ¿Qué música te gusta?". Entonces tendremos palabras el uno para el otro. Tengo que imaginarme cómo me *ven*. ¿Quién soy a sus ojos? Una vez iba en bicicleta por Saigón con un grupo de jóvenes estudiantes vietnamitas dominicanos. Fue mucho antes de que fuera normal ver turistas. Doblamos la esquina y había un grupo de turistas occidentales. Parecían grandes y gordos y tenían una complejión fea y extraña. Qué gente más rara. Entonces me di cuenta de que yo también tenía ese aspecto.

Mientras los discípulos caminan hacia Emaús, oyen a este desconocido que les llama tontos y les contradice. Y, además, ¡está enfadado! Pero ellos empiezan a alegrarse de sus palabras. Les arde el corazón. Durante el sínodo, ¿podemos aprender el placer extático del desacuerdo que conduce al entendimiento? Hugo Rahner, hermano menor de Karl (¡y mucho más fácil de entender!), escribió un libro sobre el *homo ludens*, la humanidad lúdica (3). Aprendamos a hablarnos de forma lúdica. Como hacen Jesús y la samaritana en el pozo de *Juan 4*.

En la primera lectura de hoy oímos que en la plenitud de los tiempos "las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas, que jugarán en sus plazas" (Zacarías 8,5). El Evangelio nos invita a todos a hacernos niños: "En verdad les digo: si no cambian y no llegan a ser como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos" (Mateo 18,3). Nos preparamos para el Reino haciéndonos juguetones, como niños, pero no infantiles. A veces, en la Iglesia nos invade una seriedad aburrida y sin alegría. ¡No es de extrañar que la gente se aburra!

En la noche del nuevo milenio, mientras estaba en Costa de Marfil esperando para coger un vuelo a Angola, me senté en la oscuridad con nuestros estudiantes dominicos, bebiendo una cerveza con ellos y charlando tranquilamente sobre lo que más apreciábamos. Saboreábamos el placer de ser diferentes, de tener una imaginación diferente. ¡El placer de la diferencia! ¡Temía perder el avión, pero llegó con tres días de retraso!

La diferencia es fructífera, generativa. Cada uno de nosotros es fruto de la maravillosa diferencia entre hombres y mujeres. Si huimos de la diferencia, seremos estériles y sin hijos, en nuestros hogares y en nuestra Iglesia. Una vez más, ¡demos las gracias a todos los padres de este sínodo! Las familias pueden enseñar mucho a la Iglesia sobre cómo tratar las diferencias. Los padres aprenden a tratar con hijos que toman decisiones incomprensibles y, sin embargo, saben que siguen teniendo un hogar.

Si podemos descubrir el placer de imaginar por qué nuestros hermanos y hermanas tienen opiniones que nosotros consideramos extrañas, entonces comenzará una nueva primavera en la Iglesia. El Espíritu Santo nos concederá el don de hablar otras lenguas.

Es bueno observar que Jesús no intenta controlar la conversación. Pregunta de qué hablan; va adonde ellos van, no adonde a él le gustaría ir; acepta su hospitalidad. Una conversación de verdad no se puede controlar. Uno sigue la dirección que toma. No es posible predecir adónde nos llevará, a Emaús o a Jerusalén. ¿Adónde llevará este sínodo a la Iglesia? Si lo supiéramos de antemano, no tendría sentido celebrarlo. Dejémosnos sorprender.

La conversación real es, por tanto, arriesgada. Si nos abrimos a los demás en una conversación libre, cambiaremos. Cada amistad profunda hace nacer una dimensión de mi vida y de mi identidad que antes no existía. Me convierto en alguien que nunca antes había sido. Crecí en una maravillosa familia católica conservadora. Cuando me hice dominico, entablé amistad con personas que tenían

una historia diferente, una política completamente distinta, ¡lo que a mi familia le pareció inquietante! ¿Quién era yo, entonces, cuando volví a casa para estar con mi familia? ¿Cómo conciliaba la persona que era con ellos y la persona en la que me estaba convirtiendo con los dominicos?

Cada año conozco a nuevos dominicanos, con diferentes creencias y formas de ver el mundo. Si me abro a ellos en amistad, ¿en quién me convertiré? Incluso a mi avanzada edad, mi identidad debe permanecer abierta. En la novela de Madeleine Thien sobre los inmigrantes chinos en Estados Unidos, *Do not say We have Nothing, No digáis que no tenemos nada*, uno de los personajes dice: "Nunca intentes ser una sola cosa, un ser humano íntegro de una sola pieza. Si tanta gente te quiere, ¿puedes ser honestamente una sola cosa?" (4). Si nos abrimos a múltiples amistades, no tendremos una identidad clara y bien definida. Si nos abrimos los unos a los otros en este sínodo, todos cambiaremos. Será una pequeña muerte y resurrección.

Un maestro de novicios dominico filipino tenía un aviso en su puerta: "Perdóñenme. Soy un trabajo en curso". La coherencia está en el futuro, en el Reino. Entonces el lobo y el cordero dentro de cada uno de nosotros estarán en paz el uno con el otro. Si ahora tenemos identidades cerradas, fijas, grabadas en piedra, nunca experimentaremos la aventura de nuevas amistades que revelarán nuevas dimensiones de lo que somos. No estaremos abiertos a la espaciosa amistad del Señor.

Cuando llegan a Emaús, termina la huida de Jerusalén. Jesús parece querer ir más lejos, pero con espléndida ironía invitan al Señor del sábado que se quede a descansar con ellos. "Quédate con nosotros, porque anochece y el día ya declina" (*Lucas 24,29*). Jesús acepta su hospitalidad, como los tres forasteros de Génesis 18 aceptaron la hospitalidad de Abraham. Dios es nuestro huésped. Nosotros también debemos tener la humildad de ser huéspedes. La presentación alemana decía que debemos abandonar "la cómoda posición del dador de hospitalidad para dejarnos acoger en la existencia de aquellos que son nuestros compañeros en el camino de la humanidad".

Marie-Dominique Chenu OP, el abuelo del Concilio Vaticano II, salía casi todas las noches, incluso a sus ochenta años. Salía a escuchar a dirigentes sindicales, universitarios, artistas, familias, y aceptaba su hospitalidad. Por la noche, nos tomábamos una cerveza y nos preguntaba: "¿Qué has aprendido hoy? ¿En qué mesa te has sentado? ¿Qué regalos has recibido?". La Iglesia de cada continente tiene dones que ofrecer a la Iglesia universal. Por ejemplo, mis hermanos de América Latina me enseñaron a abrir los oídos a las palabras de los pobres, especialmente de nuestro querido hermano Gustavo Gutiérrez. ¿Las escucharemos en nuestros debates de este mes? ¿Qué aprenderemos de nuestros hermanos y hermanas de Asia y África?

"Estando a la mesa con ellos, tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista" (*Lucas 24, 30-31*). Se les abrieron los ojos. La primera vez que oímos esta frase fue cuando Adán y Eva tomaron el fruto del árbol de la vida y se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos. Por eso algunos comentaristas antiguos veían a los discípulos como Cleofás y su mujer, un matrimonio, como los nuevos Adán y Eva. Ahora comen el pan de la vida.

Una última breve reflexión: Cuando Jesús desaparece de su vista, los discípulos dicen: "¿no ardía nuestro corazón en nuestros pechos mientras conversaba con nosotros por el camino?" (*Lucas 24, 32*). Es como si sólo después se dieran cuenta del gozo que habían experimentado al caminar con el Señor. San John Henry Newman decía que solo cuando miramos atrás, a nuestra vida, nos damos

cuenta de que Dios siempre estuvo con nosotros. Rezo porque esta sea también nuestra experiencia.

Durante este Sínodo, seremos como aquellos discípulos. A veces no seremos conscientes de la gracia del señor que actúa en nosotros, e incluso podríamos pensar que es una pérdida de tiempo. Pero pido a Dios que después, mirando hacia atrás, nos demos cuenta de que Dios estuvo con nosotros todo el tiempo, y que nuestros corazones ardían dentro de nosotros.

Note:

(1) “La meglu parola è chiddra chi nun si dici”.

(2) ‘humili cordis intelligentia’,

(3) *Man at Play or Did you ever practice eutrapelia? Hombre jugando o ¿Has practicado alguna vez la eutrapelia?* Traducido por Brian Battershaw y Edward Quinn, Compass Books, Londres 1965

(4) Granta, Londres, 2016, p.457

Meditación n.5

Traducción ofrecida por Vatican News

Autoridad. 2 de octubre de 2023



No puede haber una conversación fructífera entre nosotros si no reconocemos que cada uno habla con autoridad. Todos estamos bautizados en Cristo: sacerdote, profeta y rey. La Comisión Teológica Internacional sobre el *sensus fidei* cita a San Juan: "Ahora tienen la unción recibida del Santo, y todos tienen conocimiento." "Y en cuanto a ustedes, la unción que han recibido de él permanece en ustedes y no necesitan que nadie venga a enseñarles; [...] su unción les enseña todas las cosas" (1 Jn 2, 20.27).

Durante la preparación del sínodo, muchos laicos se sorprendieron al comprobar que, por primera vez, se les escuchaba. Habían cuestionado su propia autoridad y se habían preguntado: "¿De verdad puedo hacer algo?" (II B.2.53). Pero no sólo los laicos carecen de autoridad. Toda la Iglesia sufre una crisis de autoridad. Un arzobispo asiático se quejaba de su falta de autoridad. Decía: "Los sacerdotes son todos barones independientes que actúan como si yo no existiera". Muchos sacerdotes también afirman haber perdido toda autoridad. La crisis de los abusos sexuales nos ha desacreditado.

El mundo entero vive una crisis de autoridad. Todas las instituciones han perdido autoridad. Los políticos, la ley, la prensa, todos han sentido cómo se les escapaba la autoridad. La autoridad siempre parece pertenecer a otros: o a los dictadores que están tomando el poder en muchos lugares, o a los nuevos medios de comunicación, o a las celebridades y a los influencers. El mundo está hambriento de voces que hablen con autoridad sobre el sentido de nuestras vidas. Voces peligrosas amenazan con llenar el vacío. Es un mundo alimentado no por la autoridad, sino por los contratos - incluso en la familia, la universidad y la iglesia.

Entonces, ¿cómo puede la Iglesia recuperar la autoridad y hablar a nuestro mundo hambriento de

voces que suenen a verdad? Lucas nos dice que cuando Jesús enseñaba, "quedaban impresionados por su enseñanza, porque hablaba con autoridad" (*Lucas 4:32*). Él ordena a los demonios y ellos obedecen. Hasta el viento y el mar le obedecen. Incluso tiene autoridad para llamar a la vida a su amigo muerto: "¡Lázaro, sal fuera!" (*Juan 11:43*). Casi las mismas palabras encontramos al final del evangelio de Mateo: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra".

Pero hacia la mitad de los evangelios sinópticos, en Cesarea de Filipo, se produce una importante crisis de autoridad, ¡que hace que la contemporánea parezca nula! Jesús dice a sus amigos más íntimos que debe ir a Jerusalén, donde sufrirá, morirá y resucitará. Ellos no aceptan su palabra. Entonces Jesús los lleva a la montaña y se transfigura ante sus ojos.

Su autoridad se revela a través del prisma de su gloria, así como a través del testimonio de Moisés y Elías. Es una autoridad que toca sus oídos y sus ojos, sus corazones y sus mentes. Su imaginación. ¡Por fin ahora lo escuchan!

Pedro es lleno de gozo: es tan bueno estar aquí. Como dijo Teilhard de Chardin, "la alegría es el signo infalible de la presencia de Dios". Es esta la alegría de la que estaba hablando Hermana Maria Ignazia esta mañana, la alegría de María. Sin alegría ninguno entre nosotros tiene autoridad. ¡Nadie le cree a un cristiano triste! En la Transfiguración, esta alegría surge de tres fuentes: la belleza, la bondad y la verdad. Podríamos mencionar otras formas de autoridad. En el *Instrumentum laboris* viene subrayada la autoridad de los pobres. Está la autoridad de la tradición y de la jerarquía con su ministerio de unidad.

Lo que quisiera mencionar esta mañana es que las autoridades son múltiples y se refuerzan mutuamente. No tiene por qué haber competencia, como si los laicos sólo pudieran tener más autoridad si los obispos tuvieran menos, o los llamados conservadores compitieran por la autoridad con los progresistas. Podríamos tener la tentación de lanzar fuego contra quienes consideramos contrarios a nosotros, como los discípulos del evangelio de hoy (*Lucas 9, 51-56*). Pero en la Trinidad no hay rivalidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no compiten por el poder, como tampoco hay competencia entre nuestros cuatro evangelios.

Hablaremos con autoridad a nuestro mundo perdido si trascendemos los modos competitivos de existencia en este sínodo. Entonces el mundo reconocerá la voz del pastor que los llama a la vida. Examinemos esta escena de la montaña y veamos la interacción de diferentes formas de autoridad.

Belleza

Primero está la belleza o la gloria. Ambas palabras son prácticamente sinónimas en hebreo. El obispo Robert Barron dijo en alguna parte -y le ruego me disculpe, obispo Bob, si le cito mal- que la belleza puede llegar a personas que rechazan otras formas de autoridad. Una visión moral puede ser percibida como moralista: '¿Cómo te atreves a decirme cómo vivir mi vida? La autoridad de la doctrina puede rechazarse como opresiva: "¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que pensar?". Pero la belleza tiene una autoridad que alcanza nuestra libertad interior.

La belleza abre nuestra imaginación a lo trascendente, cuya patria anhelamos. El poeta jesuita Gerard Manley Hopkins define a Dios como aquel "que es Él la belleza, que da la belleza". Santo Tomás de Aquino afirma que revela el objetivo último de nuestra vida, como la diana a la que apunta el arquero (2).

No es de extrañar que Pedro no sepa qué decir. La belleza nos lleva más allá de las palabras. Alguien ha dicho que todos los adolescentes tienen alguna experiencia de la belleza trascendente. Si no tienen guías, como los discípulos tuvieron a Moisés y Elías, ese momento pasa. Cuando todavía era un muchacho de 16 años en un colegio benedictino, experimenté un momento así en la gran iglesia de la abadía y tuve monjes sabios que me ayudaron a comprender.

Pero no toda belleza habla de Dios. Los dirigentes nazistas amaban la música clásica. En la solemnidad de la Transfiguración, se lanzó una bomba atómica sobre Hiroshima como odiosa parodia de la luz divina. La belleza puede engañar y seducir. Jesús dijo: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados: son hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia" (*Mateo 23, 27*).

Pero la belleza divina de la montaña resplandecerá en la Ciudad Santa cuando se revele la gloria del Señor en la cruz. La belleza de Dios se revela de la manera más resplandeciente en lo que parece más feo. Hay que ir a los lugares de sufrimiento para vislumbrar la belleza de Dios.

Etty Hillesum, la mística judía que se sintió atraída por el cristianismo, la encontró incluso en un campo de concentración nazi: "Quiero estar allí, en medio de lo que la gente llama 'horror' y poder seguir diciendo 'la vida es bella'" (3). Cada renovación de la Iglesia ha ido acompañada de un renacimiento estético: la iconografía ortodoxa, el canto gregoriano, el barroco de la Contrarreforma (¡que no es precisamente mi favorito!). La Reforma fue en parte un choque de visiones estéticas. ¿Qué renovación estética necesitamos hoy para abrir un atisbo de trascendencia, especialmente en lugares de desolación y sufrimiento? ¿Cómo podemos abrirnos hoy a la belleza de la cruz?

Cuando los primeros dominicos llegaron a Guatemala en el siglo XVI, la belleza les allanó el camino para compartir el Evangelio con los indígenas. Rechazaron la protección de los conquistadores españoles. Los religiosos enseñaron a los mercaderes indígenas locales himnos cristianos para cantar mientras se desplazaban por las montañas para vender sus mercancías. Esto allanó el camino para que los hermanos se desplazaran con seguridad por la región que aún hoy se conoce como Vera Paz. Paz verdadera. Pero al final llegaron los soldados y mataron no sólo a los nativos, sino también a nuestros hermanos que intentaban protegerlos.

¿Qué canciones pueden penetrar en el nuevo continente de la juventud? ¿Quiénes son nuestros músicos y poetas? Así que la belleza abre la imaginación al inefable final del camino. Pero, como Pedro, podemos caer en la tentación de quedarnos ahí. Se necesitan otras formas de compromiso imaginativo para bajarnos de la montaña al primer sínodo camino de Jerusalén. A los discípulos se les ofrecen dos intérpretes de lo que ven, Moisés y Elías, la ley y los profetas. O de la bondad y la verdad.

Bondad

Moisés condujo Israel de la esclavitud a la libertad. Los israelitas no deseaban marcharse. Anhelaban de la seguridad de Egipto. Temían la libertad del desierto, así como los discípulos temen ir hacia Jerusalén. En *Los hermanos Karamazov* de Dostoevskij, el Gran Inquisidor afirma que "nada ha sido nunca más insoportable para la humanidad y la sociedad que la libertad... Al final pondrán su libertad a nuestros pies y dirán: 'Mejor que nos esclavicen, pero aliméntanos'".

Los santos tienen la autoridad del coraje. Nos desafían a ponernos en camino. Nos invitan a afrontar con ellos la arriesgada aventura de la santidad. Santa Teresa Benedicta de la Cruz nació

en el seno de una familia judía observante y, cuando era adolescente, se hizo atea. Pero cuando por casualidad cogió la autobiografía de santa Teresa de Ávila, la leyó durante toda la noche. Afirmó: "Cuando terminé el libro, me dije a mí misma: ésta es la verdad". Esto fue lo que la llevó a la muerte en Auschwitz. Esta es la autoridad de la santidad. Nos invita a renunciar al control de nuestras vidas y permitir que Dios sea Dios.

El libro más popular del siglo XX fue *El Señor de los Anillos*, de J.R.R. Tolkien. Es una novela profundamente católica. Afirmaba que era la historia de la Eucaristía. Los mártires fueron las primeras autoridades de la Iglesia, porque lo habían dado todo valientemente. G.K. Chesterton dijo: "La valentía es casi una contradicción, porque significa un fuerte deseo de vivir que adopta la forma de una disposición a morir" (4). ¿Tenemos miedo de presentar el peligroso desafío de nuestra fe? Herbert McCabe, OP, dijo: "Si amas, te harán daño, quizá te maten. Si no amas, ya estás muerto". Los jóvenes no se sienten atraídos por nuestra fe si la domesticamos.

"El amor perfecto echa fuera el miedo" (1 Jn 4, 18). El Hermano Michael Anthony Perry, OFM, antiguo Ministro General de los Franciscanos, dijo: "En el bautismo hemos renunciado al derecho a temer" (5). Yo diría que hemos renunciado al derecho a ser esclavizados por el miedo. Los valientes conocen el miedo. Sólo tendremos autoridad en nuestro mundo lleno de miedo si la gente ve que lo arriesgamos todo. Cuando nuestros hermanos y hermanas europeos fueron a predicar el Evangelio en Asia hace cuatro siglos, la mitad de ellos murieron incluso antes de llegar, de enfermedades, naufragios, piratas. ¿Tendríamos nosotros el mismo valor insensato?

Henri Burin de Rozières (1930-2017) era un abogado dominico francés afincado en la Amazonia brasileña. Llevó a los tribunales a los grandes terratenientes que a menudo esclavizaban a los pobres, obligándoles a trabajar en sus vastas propiedades y matándoles si intentaban escapar. Henri recibió muchas amenazas de muerte. Le ofrecieron protección policial, pero él sabía que lo más probable era que fueran ellos quienes lo mataran. Cuando pasé por su casa, me ofreció su habitación para pasar la noche. Al día siguiente me dijo que no había podido dormir por miedo a que vinieran y, en vez de llevarse a él, ¡me llevaran a mí sin querer!

Así que la autoridad de la belleza habla del final del viaje, de la patria que nunca hemos visto. La autoridad de la santidad habla del viaje que debemos hacer para llegar. Es la autoridad de los que dan su vida. El poeta irlandés Pádraig Pearse proclamó: "Malgasté los espléndidos años que el Señor Dios concedió a mi juventud, intentando hacer cosas imposibles, creyendo que eran las únicas que merecían la pena. Señor, si tuviera esos años, los volvería a malgastar. Los alejaría de mí" (6).

Verdad

Y luego está Elías. Los profetas son los que dicen la verdad. Él vio a través de las fantasías de los profetas de Baal y escuchó la delgada voz del silencio en la montaña. Veritas, verdad, el lema de la Orden Dominicana. Me atrajo a los dominicos incluso antes de conocer a uno, ¡lo que tal vez fue providencial!

Nuestro mundo se ha desencantado de las verdades: noticias falsas, afirmaciones descabelladas en Internet, locas teorías de la conspiración. Sin embargo, enterrado en la humanidad hay un instinto inestimable por la verdad, y cuando se dice, tiene algún último vestigio de autoridad. El Instrumentum laboris no teme ser honesto sobre los retos a los que nos enfrentamos. Habla abiertamente de las esperanzas y preocupaciones, de la ira y la alegría del pueblo de Dios. ¿Cómo

podemos atraer a la gente hacia Aquel que es la verdad si no somos sinceros con nosotros mismos? Permítanme mencionar sólo dos formas en las que esta tradición profética de decir la verdad es necesaria. En primer lugar, al hablar con verdad de las alegrías y sufrimientos del mundo. En La Española, Bartolomé de Las Casas había llevado una vida mediocre hasta que, en el Adviento de 1511, leyó el sermón de Antonio de Montesinos, OP, que se enfrentaba a los conquistadores y a la esclavitud de la población indígena: " Díganme ¿con qué derecho o con qué interpretación de la justicia mantienen a los indios en esta cruel y horrible servidumbre? ¿Con qué autoridad han hecho estas detestables guerras contra gente que antes vivía tranquila y pacíficamente en su propia tierra?". Las Casas lo leyó, sabiendo que era verdad, y se arrepintió. Así pues, en este sínodo escucharemos a personas que hablarán con sinceridad de "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy" (Gaudium et spes, n. 1).

La verdad también requiere un conocimiento disciplinado que resista nuestra tentación de utilizar la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia para nuestros propios fines. "¡Dios debe tener razón porque está de acuerdo conmigo!". Los biblistas, por ejemplo, nos remiten a los textos originales en su extrañeza, en su diversidad. Cuando estaba en el hospital, un enfermero me dijo que ojalá supiera latín para poder leer la Biblia en la lengua original. ¡Yo no dije nada! Los verdaderos eruditos se oponen a cualquier intento simplista de alistar la Escritura o la tradición para nuestras campañas personales. La Palabra de Dios pertenece a Dios. Escúchenlo. Nosotros no poseemos la verdad. Es la verdad la que nos posee a nosotros.

Todo amor nos abre a la verdad de los demás. Descubrimos cómo, en cierto sentido, siguen siendo inescrutables. No podemos apoderarnos de ellos y utilizarlos para nuestros propios fines. Los amamos en su alteridad, en su libertad incontrolable.

Así, en la Montaña de la Transfiguración, vemos cómo se invocan distintas formas de autoridad para guiar a los discípulos más allá de la gran crisis de autoridad de Cesarea de Filipo. Todo esto, y más, es necesario. Sin verdad, la belleza puede ser vacua. Como alguien dijo, "la belleza es a la verdad lo que la bondad es a la comida". Sin bondad, la belleza puede engañar. La bondad sin verdad cae en la el sentimentalismo empelagoso. La verdad sin bondad conduce a la Inquisición. San John Henry Newman utilizó bellas palabras para hablar de las muchas formas de autoridad, gobierno, razón y experiencia.

Todos tenemos autoridad, pero de formas diferentes. Newman escribió que si la autoridad del gobierno se convierte en absoluta, es tiránica. Si la razón se convierte en la única autoridad, se cae en un árido racionalismo. Si la experiencia religiosa se convierte en la única autoridad, gana la superstición. Un sínodo es como una orquesta con diferentes instrumentos, cada uno con su propia música. Por eso la tradición jesuita del discernimiento es tan fructífera. ¡No se llega a la verdad por mayoría, como no se dirige una orquesta o un equipo de fútbol por votación!

La autoridad del líder garantiza ciertamente que la conversación de la Iglesia sea fructífera, que ninguna voz prevalezca sobre las demás y las ahogue. Discierne la armonía oculta. Jonathan Sacks, Gran Rabino de Gran Bretaña, escribió: "En tiempos turbulentos, existe una tentación casi abrumadora para los líderes religiosos de ser polémicos. No sólo hay que proclamar la verdad, sino también denunciar la falsedad. Las opciones deben presentarse como divisiones tajantes. No condenar es condonar". Sin embargo, afirma, "un profeta no atiende a un solo imperativo, sino a dos: orientación y compasión, amor por la verdad y solidaridad continua con aquellos para quienes la verdad se ha vuelto oscura. Preservar la tradición y defender al mismo tiempo a quienes otros

condenan es la difícil y necesaria tarea del liderazgo religioso en una era secular" (7).

Todo poder procede de nuestro Dios Trino, Aquel en quien todo es compartido. El teólogo italiano Leonardo Paris dice: "El Padre comparte su poder. Con todos. Y configura todo poder como compartido... Ya no es posible citar a Pablo - "Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sinodalidad, sin reconocer que esto significa encontrar formas históricas concretas, para que cada uno se reconozca a sí mismo como poseedor del poder que el Padre ha querido confiarle" (8).

Si la Iglesia se convierte realmente en una comunidad de empoderamiento mutuo, entonces hablaremos con la autoridad del Señor. Llegar a ser una Iglesia así será doloroso y hermoso. Esto es lo que exploraremos en la última meditación.

Notas:

(1) *The Golden Echo* (El eco de oro)

(2) ST III, 45

(3) *An Interrupted Life, Una Vida Interrumpida: The Diaries and Letters of ETTY HILLESUM 1941 – 43, Diarios y cartas de ETTY HILLESUM 1941-43* Persephone Books, Londres, 2007, p. 276

(4) *Orthodoxy, Ortodoxia*, Londres 1996, p. 134

(5) Benotti, p. 66

(6) Citado por el Cardenal Murphy O'Connor, "Fiftieth Anniversary of Priesthood", "Cincuenta años de sacerdocio" en Daniel P. Cronin, *Priesthood, Sacerdocio: A Life Open to Christ, Una vida abierta a Cristo* (St Pauls Publishing, Londres, 2009), p. 134.

(7) "Elijah and the Still, Small Voice", "Elías y la Voz Quieta y

Pequeña" www.rabbisacks.org/covenant-conversation/pinchas/elijah-and-the-still-small-voice

(8) cfr. Leonardo Paris, *L'erede, El heredero. A Christology, Una Cristología*, Queriniana, 2021, pp. 220-221. Próximamente publicado también en inglés por Brill, con prefacio de Massimo Faggioli

El Espíritu de verdad 3 de octubre de 2023

Los discípulos ven la gloria del Señor y el testimonio de Moisés y Elías. Ahora encuentran el valor para bajar de la montaña y dirigirse a Jerusalén. En el evangelio de hoy (Lucas 9:51-56) los vemos en camino. Se encuentran con los samaritanos, que se oponen a ellos porque se dirigen a Jerusalén. La reacción inmediata de los discípulos es hacer bajar fuego del cielo y destruirlos. En efecto, acaban de ver a Elías y eso fue lo que hizo con los profetas de Baal. Pero el Señor les reprende. Todavía no han comprendido el camino por el que el Señor les conduce.

En las próximas tres semanas podemos sentir la tentación de hacer caer fuego del cielo sobre aquellos con los que no estamos de acuerdo. Nuestra sociedad está llena de ira ardiente. El Señor nos invita a desterrar esos impulsos destructivos de nuestro encuentro.

Esta ira generalizada nace del miedo, pero no debemos tener miedo. El Señor ha prometido el Espíritu Santo, que nos guiará a toda la verdad. La noche antes de morir, Jesús dijo: " Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero por el momento no son capaces de soportar la carga. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los conducirá a toda la verdad, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que ha escuchado y les anunciará lo que está por venir" (Jn 16, 12-13). Sean cuales sean los conflictos en nuestro camino, de una cosa estamos seguros: el Espíritu de la verdad nos conduce a toda la verdad. Pero no será fácil. Jesús advierte a sus discípulos: "Aún tengo que deciros muchas cosas, pero de momento no sois capaces de soportar la carga". En Cesarea de Filipo, Pedro no soporta oír que Jesús tendrá que sufrir y morir. En esta última noche antes de la muerte de Jesús, Pedro no puede soportar la verdad de que él mismo negará a Jesús. Ser conducido a la verdad es oír cosas desagradables.

¿Cuáles son las verdades que nos cuesta afrontar hoy? Es muy doloroso enfrentarse a la magnitud de los abusos sexuales y la corrupción en la Iglesia. Ha parecido una pesadilla de la que esperamos despertar. Pero si tenemos el valor de afrontar esta verdad vergonzosa, la verdad nos hará libres. Jesús promete que " serán afligidos, pero su aflicción se cambiará en alegría " (16,20), como en los dolores de parto de la mujer. Estos días del Sínodo serán a veces dolorosos, pero si nos dejamos guiar por el espíritu, serán los dolores de parto de una Iglesia renacida.

Este es nuestro testimonio ante una sociedad que, a su vez, huye de la verdad. El poeta T.S. Eliot dijo que "la humanidad no puede soportar demasiada realidad" (1). Nos dirigimos hacia una catástrofe ecológica, pero nuestros dirigentes políticos suelen fingir que no pasa nada. Nuestro mundo está crucificado por la pobreza y la violencia, pero los países ricos no quieren ver a los millones de nuestros hermanos y hermanas que sufren y buscan un hogar. La sociedad occidental tiene miedo de enfrentarse a la verdad de que somos seres mortales vulnerables, hombres y mujeres hechos de carne y hueso. Rehuimos la verdad de nuestra existencia corpórea, pretendiendo que podemos identificarnos como queramos, como si sólo fuéramos mentes. La cultura del borrado significa que hay que silenciar a las personas con las que no estamos de acuerdo, hay que impedir que hablen, igual que los discípulos querían hacer caer fuego sobre los samaritanos que no habían aceptado a Jesús. ¿Cuáles son las dolorosas verdades que nuestros hermanos y hermanas de distintos continentes temen afrontar? No me corresponde a mí decirlo.

Si tenemos el valor de ser honestos sobre quiénes somos, es decir, seres humanos mortales vulnerables y hermanos y hermanas en una Iglesia que siempre ha sido heroica y corrupta, entonces hablaremos con autoridad a un mundo que todavía tiene hambre de verdad, aunque el tema que sea inalcanzable. Esto requiere valentía, que para el aquinate era fortitudo mentis, la fortaleza de ánimo para ver las cosas como son, para vivir en el mundo real. La poetisa Maya Angelou dijo: "La valentía es la más importante de todas las virtudes, porque sin valentía no puedes practicar las demás virtudes con coherencia" (2).

Cuando San Óscar Romero regresó a El Salvador, un funcionario de inmigración le dijo: "Esta es la verdad". Era la verdad frente a la muerte. Sentado en un banco, preguntó a un amigo si tenía miedo a morir. El amigo respondió que no. Romero replicó: "Pero yo sí. Tengo miedo de morir". Fue esta sinceridad la que hizo tan hermoso su martirio. Desde que vio el cuerpo mutilado de su amigo jesuita Rutilio, comprendió lo que le esperaba. Cuando fue martirizado, encontraron su cuerpo cubierto de sudor. Parece que vio al hombre que iba a matarle, y no huyó.

La última noche, Jesús advierte a sus discípulos que si permanecen en él, la vida verdadera, serán podados para que den más fruto. En este sínodo podemos sentir que estamos siendo podados. Así podremos dar más fruto. Esto puede significar que estamos libres de ilusiones y prejuicios mutuos que podamos tener, de nuestros miedos y de nuestras estrechas ideologías. Podados de nuestro orgullo. Uno de mis hermanos jóvenes me animó a hablar personalmente sobre este tema, aunque tengo algunos reparos en hacerlo. Hace un par de años, me sometieron a una cirugía mayor por cáncer de mandíbula. Duró diecisiete horas. Permanecí en el hospital durante cinco semanas, sin poder comer ni beber. A menudo no entendía muy bien dónde estaba ni quién era. Me despojaron de mi dignidad y dependí completamente de los demás incluso para las necesidades más básicas. Fue una poda terrible. Sin embargo, también fue una bendición.

En ese momento de impotencia, no podía pretender ser importante, no podía presumir de ningún logro. Yo era simplemente otra persona enferma en la cama de un hospital sin nada que dar. Ni siquiera podía orar. Entonces mis ojos se abrieron un poco más al amor completamente gratuito e inmerecido del Señor. No podía hacer nada para merecerlo y era maravilloso que no fuera necesario que yo lo hiciera.

El Espíritu está en cada uno de nosotros, guiándonos juntos a toda verdad. ¡Fui ordenado por el gran obispo Butler, la única persona presente en el Concilio Vaticano II que hablaba perfecto latín ciceroniano! Le encantaba decir: "No temamos que la verdad dañe a la verdad" (3). Si lo que alguien dice es cierto, no puede amenazar la verdad que amo. Debo abrir mi corazón y mi mente a la amplitud de la verdad divina. Si creo que lo que dice el otro no es verdad, naturalmente tengo que decirlo, con la debida humildad. En alemán existe la hermosa palabra Zwischenraum. Si lo entiendo correctamente, significa que la plenitud de la verdad reside en el espacio entre nosotros mientras hablamos. El misterio de Dios siempre se revela en los espacios vacíos, desde los espacios vacíos entre las alas del querubín en el arca de la alianza hasta el sepulcro vacío.

El choque de verdades aparentemente incompatibles puede resultar doloroso y enfadado. Basta pensar en el relato de san Pablo sobre su enfrentamiento con san Pedro en Antioquía, narrado en la Carta a los Gálatas: "Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse abiertamente a él" (2, 11). ¡Pero se dieron mutuamente la mano derecha de la amistad y la Santa Sede los considera a ambos fundadores! Estaban unidos en la muerte como mártires.

Debemos buscar la manera de decir la verdad para que la otra persona pueda escucharla sin sentirse abatida. Piense en cuando Pedro se encontró con Jesús en la orilla en Juan capítulo 21. La noche antes de la muerte de Jesús, Pedro se había jactado de amar al Señor más que a nadie. Pero poco después negó al Señor tres veces, en el momento de mayor vergüenza de su vida. En la orilla, sin embargo, Jesús no le regaña por el fracaso. Le pregunta amablemente, tal vez con una sonrisa, tres veces: "¿Me amas más que esta gente?". Con infinita delicadeza ayuda a Pedro tres veces a anular su triple negación. Ella lo desafía a afrontar la verdad con toda la ternura del amor. ¿Podemos desafiarnos unos a otros con esta delicada sinceridad? La poeta estadounidense Emily Dickinson ofrece un buen consejo: "Diga toda la verdad, pero dígala de manera indirecta: el éxito reside en un circuito".

Perdónenme si cito poemas. Pueden ser difíciles de traducir. Lo que quiere decir es que a veces la verdad se dice con más fuerza si se dice indirectamente, para que la otra persona pueda escucharla. Si le dices a alguien que es un dinosaurio patriarcal, ¡probablemente no lo ayudarás! Por supuesto, a veces será igualmente doloroso. Pero el Papa Francisco dijo: "proclamar la verdad, aunque a veces sea incómodo" (4).

Esto requerirá cierta pérdida de control por parte de todos nosotros. Jesús le dice a Pedro: "En verdad, te digo, que cuando eras más joven tú mismo te ponías el cinturón e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras ir. Esto le dijo para indicarle con qué muerte glorificaría a Dios" (Juan 21, 18).

Si el Sínodo tiene las dinámicas de la oración más que las de un parlamento, nos pedirá una especie de abandono del control, incluso una especie de muerte. Dejar que Dios sea Dios. En *Evangelii gaudium*. El Santo Padre escribió: "no hay mayor libertad que la de dejarse conducir por el Espíritu, renunciando a calcularlo y controlarlo todo, y dejar que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos empuje hacia donde Él quiere" (n. 280). ¡Renunciar al control no significa hacer nada! Debido a que la Iglesia ha sido una estructura controladora, a veces se necesitan intervenciones fuertes para permitir que el Espíritu Santo nos guíe a donde nunca pensamos que iríamos. Tenemos un profundo instinto de aferrarnos al control, razón por la cual muchos temen al sínodo. En Pentecostés el Espíritu Santo desciende con fuerza sobre los discípulos, que son enviados hasta los confines de la tierra. Los apóstoles sin embargo, se han establecido en Jerusalén y no quieren marcharse. ¡Se necesita persecución para sacarlos del nido y expulsarlos de Jerusalén! ¡Afectuosa firmeza! Encima de mi oficina en Santa Sabina, cada año anidan algunos cernícalos. Llegó el día en que los padres echaron a los pichones del nido, obligándolos a volar o morir. ¡Sentado en mi escritorio pude ver cómo luchaban por mantenerse en el aire! ¡A veces el Espíritu Santo nos echa del nido y nos pide que volemos! Temblamos y entramos en pánico, ¡pero volamos!

En Getsemaní, Jesús entrega el control de su vida y la confía al Padre. ¡No como quiero! Cuando yo era un joven fraile, un dominico francés, que había sido sacerdote en activo, se quedó en la comunidad. Tuvo que ir a la India para servir a los más pobres entre los pobres y había venido a Oxford para estudiar bengalí. Le pregunté qué pensaba hacer: "¿Cuál es tu plan?". Él respondió: "¿Cómo puedo saberlo antes de que los pobres me lo digan?"

Cuando era un joven provincial visité un monasterio dominico que estaba a punto de cerrar. Sólo quedaban cuatro monjas ancianas. Me acompañó el anterior provincial, Peter. Cuando les dijimos

a las monjas que el futuro del monasterio parecía bastante incierto, una de ellas respondió: “Pero Timoteo, nuestro querido Señor no permitiría que nuestro monasterio muriera, ¿verdad?”. Pedro respondió inmediatamente: “Hermana, dejó morir a su Hijo”. Así que podemos dejar que las cosas mueran, no con desesperación, sino con esperanza, para dejar espacio a lo nuevo.

Santo Domingo intentó pasar el control de la Orden a sus hermanos, porque cada uno de ellos había recibido el Espíritu Santo. Por tanto, ser guiado por el Espíritu Santo significa estar libre de la cultura del control. En nuestra sociedad, el liderazgo no es más que mantener las manos en las palancas del poder. El Papa San Juan XXIII bromeaba diciendo que todas las noches le decía a Dios: "El Papa debe irse a dormir ya, por eso tú, Dios, debes cuidar de la Iglesia durante unas horas". Como bien entendió, el liderazgo a veces significa ceder el control.

El Instrumentum laboris nos llama a hacer “la opción preferencial por los jóvenes” (por ejemplo B.2.1). Cada año recordamos que Dios vino entre nosotros como un niño, un bebé recién nacido. La confianza en los jóvenes es una parte intrínseca del liderazgo cristiano. Los jóvenes no están aquí para ocupar el lugar de nosotros, los mayores, sino para hacer lo que no podemos imaginar. Cuando Santo Domingo envió a sus novicios a predicar, algunos monjes le advirtieron que así los perdería. Domenico respondió: “Sé con seguridad que mis jóvenes saldrán y volverán, serán enviados y volverán; pero vuestros jóvenes estarán encerrados y seguirán saliendo” (5).

Ser guiados por el Espíritu en toda verdad significa dejar ir el presente, confiar en que el Espíritu generará nuevas instituciones, nuevas formas de vida cristiana, nuevos ministerios. Durante los últimos dos milenios, el Espíritu Santo ha estado obrando creando nuevas formas de ser Iglesia, desde los Padres y Madres del Desierto hasta las Órdenes de frailes en el siglo XIII, ¡e incluso los jesuitas durante la Contrarreforma! Los nuevos movimientos eclesiales en el último siglo. Debemos dejar que el Espíritu Santo actúe creativamente entre nosotros, con nuevas formas de ser Iglesia que ahora no podemos imaginar, ¡pero quizás los jóvenes sí! Escúchenlo, dijo la voz en la montaña. Y esto incluye escuchar a los jóvenes, en quienes el Señor vive y habla (ver Mateo 11, 28).

Ser guiado por la verdad, como hemos visto, no es sólo una cuestión de comparación racional. No somos sólo cerebros. Revelémonos unos a otros quiénes somos, nuestra humanidad vulnerable. A santo Tomás de Aquino le encantaba decir de Aristóteles que "anima este quodammodo omnia", "el alma en cierto sentido es todo". Entendemos en profundidad abriendo nuestro ser al otro. Nos dejamos tocar y cambiar por nuestro encuentro mutuo. La verdad de plenitud en la que el Espíritu Santo nos guía no es un conocimiento desapasionado que analiza desde lejos. Es más bien un conocimiento proactivo. Es inseparable del amor transformador (IL A.1 27). El estilo dominicano es que a través del conocimiento llegamos a amar. El camino franciscano es que a través del amor llegamos a conocer. Ambos tienen razón.

El misterio al que somos guiados es el de un amor totalmente inigualable, sin rivalidad. Todo lo que el Padre tiene es dado al Hijo y al Espíritu Santo. Incluso la igualdad. Participar en la vida divina es estar libre de toda rivalidad y competencia. Es con este mismo amor divino, libre de toda rivalidad, con el que debemos amarnos unos a otros durante este sínodo. San Juan escribió: “Si alguno dice: 'Amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque cualquiera que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Juan 4:20).

El viaje hacia la plenitud de la verdad es inseparable del aprendizaje de amar. Sólo se producirá un cambio profundo si la búsqueda de comprender la voluntad del Señor se retuerce en la doble

espiral de aprender a amar a aquellos que nos resultan difíciles. Será difícil comunicar esto a las personas que no están aquí. ¿Todas estas personas realmente llegaron tan lejos, a un gran costo, sólo para amarse unos a otros? Las decisiones prácticas, por supuesto, son inevitables y necesarias. Pero deben surgir de la transformación personal y comunitaria de quiénes somos, de lo contrario son mera administración.

Imagínense la alegría de verse libres de toda competencia entre ustedes, para que la mayor voz que tengan los laicos no signifique que los obispos se hayan ido, o que cuanta más autoridad se les conceda a las mujeres, menos tengan los hombres, o que mayor consideración que reciben nuestros hermanos y hermanas africanos disminuye la autoridad de la Iglesia en Asia u Occidente. Esto requiere de cada uno de nosotros una profunda humildad mientras esperamos con confianza los dones de Dios. Simone Weil fue una mística judía francesa, fallecida en 1943, que en su camino hacia la verdad llegó a decir: "Creo en Dios, en la Trinidad, [...] en la Redención, en la Eucaristía, en las enseñanzas del Evangelio" (6). Escribió que "los bienes más preciosos no deben buscarse sino esperarse... Una mirada ante todo atenta, en la que el alma se vacía de todo su propio contenido para acoger en sí el ser que ve tal como es en sí". su verdadero aspecto" (7).

Si nos dejamos guiar por el Espíritu de la verdad, seguro que discutiremos. A veces será doloroso. Habrá verdades que preferiríamos no afrontar. ¡Pero seremos conducidos un poco más profundamente al misterio del amor divino y experimentaremos tal alegría que la gente nos envidiará por estar aquí y anhelará asistir a la próxima sesión del sínodo!

Note:

(1) *Burnt Norton, I quattro quartetti, Lo cuatro cuartetos*

(2) *Cerimonia, Ceremonia, 24 de mayo de 2008*

(3) *Ne timeamus quod veritas veritati noceat*

(4) *cfr. 24 de enero de 2023*

(5) *ed. Simon Tugwell, OP, Early Dominicans: selected writings, Primeros Dominicos: textos seleccionados, Ramsey N.J., 1982 p.91*

(6) *S. PÉTREMENT, La vita di Simone Weil, La vida de Simone Weil, Adelphi, Milán 2010, p. 646*

(7) *Waiting on God, Esperando en Dios, trad. de Emma Craufurd, Londres 1959, p.169.*

Autoridad. 2 de octubre de 2023



No puede haber una conversación fructífera entre nosotros si no reconocemos que cada uno habla con autoridad. Todos estamos bautizados en Cristo: sacerdote, profeta y rey. La Comisión Teológica Internacional sobre el *sensus fidei* cita a San Juan: "Ahora tienen la unción recibida del Santo, y todos tienen conocimiento." "Y en cuanto a ustedes, la unción que han recibido de él permanece en ustedes y no necesitan que nadie venga a enseñarles; [...] su unción les enseña todas las cosas" (1 Jn 2, 20.27).

Durante la preparación del sínodo, muchos laicos se sorprendieron al comprobar que, por primera vez, se les escuchaba. Habían cuestionado su propia autoridad y se habían preguntado: "¿De verdad puedo hacer algo? (IL B.2.53). Pero no sólo los laicos carecen de autoridad. Toda la Iglesia sufre una crisis de autoridad. Un arzobispo asiático se quejaba de su falta de autoridad. Decía: "Los sacerdotes son todos varones independientes que actúan como si yo no existiera". Muchos sacerdotes también afirman haber perdido toda autoridad. La crisis de los abusos sexuales nos ha desacreditado.

El mundo entero vive una crisis de autoridad. Todas las instituciones han perdido autoridad. Los políticos, la ley, la prensa, todos han sentido cómo se les escapaba la autoridad. La autoridad siempre parece pertenecer a otros: o a los dictadores que están tomando el poder en muchos lugares, o a los nuevos medios de comunicación, o a las celebridades y a los influencers. El mundo está hambriento de voces que hablen con autoridad sobre el sentido de nuestras vidas. Voces peligrosas amenazan con llenar el vacío. Es un mundo alimentado no por la autoridad, sino por los contratos - incluso en la familia, la universidad y la iglesia.

Entonces, ¿cómo puede la Iglesia recuperar la autoridad y hablar a nuestro mundo hambriento de voces que suenen a verdad? Lucas nos dice que cuando Jesús enseñaba, "quedaban impresionados

por su enseñanza, porque hablaba con autoridad" (*Lucas 4:32*). Él ordena a los demonios y ellos obedecen. Hasta el viento y el mar le obedecen. Incluso tiene autoridad para llamar a la vida a su amigo muerto: "¡Lázaro, sal fuera!" (*Juan 11:43*). Casi las mismas palabras encontramos al final del evangelio de Mateo: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra".

Pero hacia la mitad de los evangelios sinópticos, en Cesarea de Filipo, se produce una importante crisis de autoridad, ¡que hace que la contemporánea parezca nula! Jesús dice a sus amigos más íntimos que debe ir a Jerusalén, donde sufrirá, morirá y resucitará. Ellos no aceptan su palabra. Entonces Jesús los lleva a la montaña y se transfigura ante sus ojos.

Su autoridad se revela a través del prisma de su gloria, así como a través del testimonio de Moisés y Elías. Es una autoridad que toca sus oídos y sus ojos, sus corazones y sus mentes. Su imaginación. ¡Por fin ahora lo escuchan!

Pedro es lleno de gozo: es tan bueno estar aquí. Como dijo Teilhard de Chardin, "la alegría es el signo infalible de la presencia de Dios". Es esta la alegría de la que estaba hablando Hermana Maria Ignazia esta mañana, la alegría de María. Sin alegría ninguno entre nosotros tiene autoridad. ¡Nadie le cree a un cristiano triste! En la Transfiguración, esta alegría surge de tres fuentes: la belleza, la bondad y la verdad. Podríamos mencionar otras formas de autoridad. En el *Instrumentum laboris* viene subrayada la autoridad de los pobres. Está la autoridad de la tradición y de la jerarquía con su ministerio de unidad.

Lo que quisiera mencionar esta mañana es que las autoridades son múltiples y se refuerzan mutuamente. No tiene por qué haber competencia, como si los laicos sólo pudieran tener más autoridad si los obispos tuvieran menos, o los llamados conservadores compitieran por la autoridad con los progresistas. Podríamos tener la tentación de lanzar fuego contra quienes consideramos contrarios a nosotros, como los discípulos del evangelio de hoy (*Lucas 9, 51-56*). Pero en la Trinidad no hay rivalidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no compiten por el poder, como tampoco hay competencia entre nuestros cuatro evangelios.

Hablaremos con autoridad a nuestro mundo perdido si trascendemos los modos competitivos de existencia en este sínodo. Entonces el mundo reconocerá la voz del pastor que los llama a la vida. Examinemos esta escena de la montaña y veamos la interacción de diferentes formas de autoridad.

Belleza

Primero está la belleza o la gloria. Ambas palabras son prácticamente sinónimas en hebreo. El obispo Robert Barron dijo en alguna parte -y le ruego me disculpe, obispo Bob, si le cito mal- que la belleza puede llegar a personas que rechazan otras formas de autoridad. Una visión moral puede ser percibida como moralista: '¿Cómo te atreves a decirme cómo vivir mi vida? La autoridad de la doctrina puede rechazarse como opresiva: "¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que pensar?". Pero la belleza tiene una autoridad que alcanza nuestra libertad interior.

La belleza abre nuestra imaginación a lo trascendente, cuya patria anhelamos. El poeta jesuita Gerard Manley Hopkins define a Dios como aquel "que es Él la belleza, que da la belleza". Santo Tomás de Aquino afirma que revela el objetivo último de nuestra vida, como la diana a la que apunta el arquero (2).

No es de extrañar que Pedro no sepa qué decir. La belleza nos lleva más allá de las palabras. Alguien

ha dicho que todos los adolescentes tienen alguna experiencia de la belleza trascendente. Si no tienen guías, como los discípulos tuvieron a Moisés y Elías, ese momento pasa. Cuando todavía era un muchacho de 16 años en un colegio benedictino, experimenté un momento así en la gran iglesia de la abadía y tuve monjes sabios que me ayudaron a comprender.

Pero no toda belleza habla de Dios. Los dirigentes nazistas amaban la música clásica. En la solemnidad de la Transfiguración, se lanzó una bomba atómica sobre Hiroshima como odiosa parodia de la luz divina. La belleza puede engañar y seducir. Jesús dijo: "Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados: son hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia" (*Mateo 23, 27*).

Pero la belleza divina de la montaña resplandecerá en la Ciudad Santa cuando se revele la gloria del Señor en la cruz. La belleza de Dios se revela de la manera más resplandeciente en lo que parece más feo. Hay que ir a los lugares de sufrimiento para vislumbrar la belleza de Dios. Ety Hillesum, la mística judía que se sintió atraída por el cristianismo, la encontró incluso en un campo de concentración nazi: "Quiero estar allí, en medio de lo que la gente llama 'horror' y poder seguir diciendo 'la vida es bella'" (3). Cada renovación de la Iglesia ha ido acompañada de un renacimiento estético: la iconografía ortodoxa, el canto gregoriano, el barroco de la Contrarreforma (¡que no es precisamente mi favorito!). La Reforma fue en parte un choque de visiones estéticas. ¿Qué renovación estética necesitamos hoy para abrir un atisbo de trascendencia, especialmente en lugares de desolación y sufrimiento? ¿Cómo podemos abrirnos hoy a la belleza de la cruz?

Cuando los primeros dominicos llegaron a Guatemala en el siglo XVI, la belleza les allanó el camino para compartir el Evangelio con los indígenas. Rechazaron la protección de los conquistadores españoles. Los religiosos enseñaron a los mercaderes indígenas locales himnos cristianos para cantar mientras se desplazaban por las montañas para vender sus mercancías. Esto allanó el camino para que los hermanos se desplazaran con seguridad por la región que aún hoy se conoce como Vera Paz. Paz verdadera. Pero al final llegaron los soldados y mataron no sólo a los nativos, sino también a nuestros hermanos que intentaban protegerlos.

¿Qué canciones pueden penetrar en el nuevo continente de la juventud? ¿Quiénes son nuestros músicos y poetas? Así que la belleza abre la imaginación al inefable final del camino. Pero, como Pedro, podemos caer en la tentación de quedarnos ahí. Se necesitan otras formas de compromiso imaginativo para bajarnos de la montaña al primer sínodo camino de Jerusalén. A los discípulos se les ofrecen dos intérpretes de lo que ven, Moisés y Elías, la ley y los profetas. O de la bondad y la verdad.

Bondad

Moisés condujo Israel de la esclavitud a la libertad. Los israelitas no deseaban marcharse. Anhelaban de la seguridad de Egipto. Temían la libertad del desierto, así como los discípulos temen ir hacia Jerusalén. En *Los hermanos Karamazov* de Dostoevskij, el Gran Inquisidor afirma que "nada ha sido nunca más insoportable para la humanidad y la sociedad que la libertad... Al final pondrán su libertad a nuestros pies y dirán: 'Mejor que nos esclavicen, pero aliméntanos'".

Los santos tienen la autoridad del coraje. Nos desafían a ponernos en camino. Nos invitan a afrontar con ellos la arriesgada aventura de la santidad. Santa Teresa Benedicta de la Cruz nació en el seno de una familia judía observante y, cuando era adolescente, se hizo atea. Pero cuando

por casualidad cogió la autobiografía de santa Teresa de Ávila, la leyó durante toda la noche. Afirmó: "Cuando terminé el libro, me dije a mí misma: ésta es la verdad". Esto fue lo que la llevó a la muerte en Auschwitz. Esta es la autoridad de la santidad. Nos invita a renunciar al control de nuestras vidas y permitir que Dios sea Dios.

El libro más popular del siglo XX fue *El Señor de los Anillos*, de J.R.R. Tolkien. Es una novela profundamente católica. Afirmaba que era la historia de la Eucaristía. Los mártires fueron las primeras autoridades de la Iglesia, porque lo habían dado todo valientemente. G.K. Chesterton dijo: "La valentía es casi una contradicción, porque significa un fuerte deseo de vivir que adopta la forma de una disposición a morir" (4). ¿Tenemos miedo de presentar el peligroso desafío de nuestra fe? Herbert McCabe, OP, dijo: "Si amas, te harán daño, quizá te maten. Si no amas, ya estás muerto". Los jóvenes no se sienten atraídos por nuestra fe si la domesticamos.

"El amor perfecto echa fuera el miedo" (1 Jn 4, 18). El Hermano Michael Anthony Perry, OFM, antiguo Ministro General de los Franciscanos, dijo: "En el bautismo hemos renunciado al derecho a temer" (5). Yo diría que hemos renunciado al derecho a ser esclavizados por el miedo. Los valientes conocen el miedo. Sólo tendremos autoridad en nuestro mundo lleno de miedo si la gente ve que lo arriesgamos todo. Cuando nuestros hermanos y hermanas europeos fueron a predicar el Evangelio en Asia hace cuatro siglos, la mitad de ellos murieron incluso antes de llegar, de enfermedades, naufragios, piratas. ¿Tendríamos nosotros el mismo valor insensato?

Henri Burin de Roziers (1930-2017) era un abogado dominico francés afincado en la Amazonia brasileña. Llevó a los tribunales a los grandes terratenientes que a menudo esclavizaban a los pobres, obligándoles a trabajar en sus vastas propiedades y matándoles si intentaban escapar. Henri recibió muchas amenazas de muerte. Le ofrecieron protección policial, pero él sabía que lo más probable era que fueran ellos quienes lo mataran. Cuando pasé por su casa, me ofreció su habitación para pasar la noche. Al día siguiente me dijo que no había podido dormir por miedo a que vinieran y, en vez de llevárselo a él, ¡me llevaran a mí sin querer!

Así que la autoridad de la belleza habla del final del viaje, de la patria que nunca hemos visto. La autoridad de la santidad habla del viaje que debemos hacer para llegar. Es la autoridad de los que dan su vida. El poeta irlandés Pádraig Pearse proclamó: "Malgasté los espléndidos años que el Señor Dios concedió a mi juventud, intentando hacer cosas imposibles, creyendo que eran las únicas que merecían la pena. Señor, si tuviera esos años, los volvería a malgastar. Los alejaría de mí" (6).

Verdad

Y luego está Elías. Los profetas son los que dicen la verdad. Él vio a través de las fantasías de los profetas de Baal y escuchó la delgada voz del silencio en la montaña. Veritas, verdad, el lema de la Orden Dominicana. Me atrajo a los dominicos incluso antes de conocer a uno, ¡lo que tal vez fue providencial!

Nuestro mundo se ha desencantado de las verdades: noticias falsas, afirmaciones descabelladas en Internet, locas teorías de la conspiración. Sin embargo, enterrado en la humanidad hay un instinto inestimable por la verdad, y cuando se dice, tiene algún último vestigio de autoridad. El Instrumentum laboris no teme ser honesto sobre los retos a los que nos enfrentamos. Habla abiertamente de las esperanzas y preocupaciones, de la ira y la alegría del pueblo de Dios. ¿Cómo podemos atraer a la gente hacia Aquel que es la verdad si no somos sinceros con nosotros mismos?

Permítanme mencionar sólo dos formas en las que esta tradición profética de decir la verdad es necesaria. En primer lugar, al hablar con verdad de las alegrías y sufrimientos del mundo. En La Española, Bartolomé de Las Casas había llevado una vida mediocre hasta que, en el Adviento de 1511, leyó el sermón de Antonio de Montesinos, OP, que se enfrentaba a los conquistadores y a la esclavitud de la población indígena: " Díganme ¿con qué derecho o con qué interpretación de la justicia mantienen a los indios en esta cruel y horrible servidumbre? ¿Con qué autoridad han hecho estas detestables guerras contra gente que antes vivía tranquila y pacíficamente en su propia tierra?". Las Casas lo leyó, sabiendo que era verdad, y se arrepintió. Así pues, en este sínodo escucharemos a personas que hablarán con sinceridad de "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy" (Gaudium et spes, n. 1).

La verdad también requiere un conocimiento disciplinado que resista nuestra tentación de utilizar la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia para nuestros propios fines. "¡Dios debe tener razón porque está de acuerdo conmigo!". Los biblistas, por ejemplo, nos remiten a los textos originales en su extrañeza, en su diversidad. Cuando estaba en el hospital, un enfermero me dijo que ojalá supiera latín para poder leer la Biblia en la lengua original. ¡Yo no dije nada! Los verdaderos eruditos se oponen a cualquier intento simplista de alistar la Escritura o la tradición para nuestras campañas personales. La Palabra de Dios pertenece a Dios. Escúchenlo. Nosotros no poseemos la verdad. Es la verdad la que nos posee a nosotros.

Todo amor nos abre a la verdad de los demás. Descubrimos cómo, en cierto sentido, siguen siendo inescrutables. No podemos apoderarnos de ellos y utilizarlos para nuestros propios fines. Los amamos en su alteridad, en su libertad incontrolable.

Así, en la Montaña de la Transfiguración, vemos cómo se invocan distintas formas de autoridad para guiar a los discípulos más allá de la gran crisis de autoridad de Cesarea de Filipo. Todo esto, y más, es necesario. Sin verdad, la belleza puede ser vacua. Como alguien dijo, "la belleza es a la verdad lo que la bondad es a la comida". Sin bondad, la belleza puede engañar. La bondad sin verdad cae en el sentimentalismo empalagoso. La verdad sin bondad conduce a la Inquisición. San John Henry Newman utilizó bellas palabras para hablar de las muchas formas de autoridad, gobierno, razón y experiencia.

Todos tenemos autoridad, pero de formas diferentes. Newman escribió que, si la autoridad del gobierno se convierte en absoluta, es tiránica. Si la razón se convierte en la única autoridad, se cae en un árido racionalismo. Si la experiencia religiosa se convierte en la única autoridad, gana la superstición. Un sínodo es como una orquesta con diferentes instrumentos, cada uno con su propia música. Por eso la tradición jesuita del discernimiento es tan fructífera. ¡No se llega a la verdad por mayoría, como no se dirige una orquesta o un equipo de fútbol por votación!

La autoridad del líder garantiza ciertamente que la conversación de la Iglesia sea fructífera, que ninguna voz prevalezca sobre las demás y las ahogue. Discierne la armonía oculta. Jonathan Sacks, Gran Rabino de Gran Bretaña, escribió: "En tiempos turbulentos, existe una tentación casi abrumadora para los líderes religiosos de ser polémicos. No sólo hay que proclamar la verdad, sino también denunciar la falsedad. Las opciones deben presentarse como divisiones tajantes. No condenar es condonar". Sin embargo, afirma, "un profeta no atiende a un solo imperativo, sino a dos: orientación y compasión, amor por la verdad y solidaridad continua con aquellos para quienes la verdad se ha vuelto oscura. Preservar la tradición y defender al mismo tiempo a quienes otros condenan es la difícil y necesaria tarea del liderazgo religioso en una era secular" (7).

Todo poder procede de nuestro Dios Trino, Aquel en quien todo es compartido. El teólogo italiano Leonardo Paris dice: "El Padre comparte su poder. Con todos. Y configura todo poder como compartido... Ya no es posible citar a Pablo - "Ya no hay judío ni griego; ya no hay esclavo ni libre; ya no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sinodalidad, sin reconocer que esto significa encontrar formas históricas concretas, para que cada uno se reconozca a sí mismo como poseedor del poder que el Padre ha querido confiarle" (8).

Si la Iglesia se convierte realmente en una comunidad de empoderamiento mutuo, entonces hablaremos con la autoridad del Señor. Llegar a ser una Iglesia así será doloroso y hermoso. Esto es lo que exploraremos en la última meditación.

Notas:

(1) *The Golden Echo* (El eco de oro)

(2) ST III, 45

(3) *An Interrupted Life, Una Vida Interrumpida: The Diaries and Letters of Etty Hillesum 1941 – 43*, Diarios y cartas de Etty Hillesum 1941-43 Persephone Books, Londres, 2007, p. 276

(4) *Orthodoxy*, Ortodoxia, Londres 1996, p. 134

(5) Benotti, p. 66

(6) Citado por el Cardenal Murphy O'Connor, "Fiftieth Anniversary of Priesthood", "Cincuenta años de sacerdocio" en Daniel P. Cronin, *Priesthood, Sacerdocio: A Life Open to Christ, Una vida abierta a Cristo* (St Pauls Publishing, Londres, 2009), p. 134.

(7) "Elijah and the Still, Small Voice", "Elías y la Voz Quieta y

Pequeña" www.rabbisacks.org/covenant-conversation/pinchas/elijah-and-the-still-small-voice

(8) cfr. Leonardo Paris, *L'erede, El heredero. A Christology, Una Cristología*, Queriniana, 2021, pp. 220-221. Próximamente publicado también en inglés por Brill, con prefacio de Massimo Faggioli

El Espíritu de verdad 3 de octubre de 2023

Los discípulos ven la gloria del Señor y el testimonio de Moisés y Elías. Ahora encuentran el valor para bajar de la montaña y dirigirse a Jerusalén. En el evangelio de hoy (Lucas 9:51-56) los vemos en camino. Se encuentran con los samaritanos, que se oponen a ellos porque se dirigen a Jerusalén. La reacción inmediata de los discípulos es hacer bajar fuego del cielo y destruirlos. En efecto, acaban de ver a Elías y eso fue lo que hizo con los profetas de Baal. Pero el Señor les reprende. Todavía no han comprendido el camino por el que el Señor les conduce.

En las próximas tres semanas podemos sentir la tentación de hacer caer fuego del cielo sobre aquellos con los que no estamos de acuerdo. Nuestra sociedad está llena de ira ardiente. El Señor nos invita a desterrar esos impulsos destructivos de nuestro encuentro.

Esta ira generalizada nace del miedo, pero no debemos tener miedo. El Señor ha prometido el Espíritu Santo, que nos guiará a toda la verdad. La noche antes de morir, Jesús dijo: " Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero por el momento no son capaces de soportar la carga. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los conducirá a toda la verdad, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que ha escuchado y les anunciará lo que está por venir" (Jn 16, 12-13). Sean cuales sean los conflictos en nuestro camino, de una cosa estamos seguros: el Espíritu de la verdad nos conduce a toda la verdad. Pero no será fácil. Jesús advierte a sus discípulos: "Aún tengo que decirles muchas cosas, pero de momento no sois capaces de soportar la carga". En Cesarea de Filipo, Pedro no soporta oír que Jesús tendrá que sufrir y morir. En esta última noche antes de la muerte de Jesús, Pedro no puede soportar la verdad de que él mismo negará a Jesús. Ser conducido a la verdad es oír cosas desagradables.

¿Cuáles son las verdades que nos cuesta afrontar hoy? Es muy doloroso enfrentarse a la magnitud de los abusos sexuales y la corrupción en la Iglesia. Ha parecido una pesadilla de la que esperamos despertar. Pero si tenemos el valor de afrontar esta verdad vergonzosa, la verdad nos hará libres. Jesús promete que " serán afligidos, pero su aflicción se cambiará en alegría " (16,20), como en los dolores de parto de la mujer. Estos días del Sínodo serán a veces dolorosos, pero si nos dejamos guiar por el espíritu, serán los dolores de parto de una Iglesia renacida.

Este es nuestro testimonio ante una sociedad que, a su vez, huye de la verdad. El poeta T.S. Eliot dijo que "la humanidad no puede soportar demasiada realidad" (1). Nos dirigimos hacia una catástrofe ecológica, pero nuestros dirigentes políticos suelen fingir que no pasa nada. Nuestro mundo está crucificado por la pobreza y la violencia, pero los países ricos no quieren ver a los millones de nuestros hermanos y hermanas que sufren y buscan un hogar. La sociedad occidental tiene miedo de enfrentarse a la verdad de que somos seres mortales vulnerables, hombres y mujeres hechos de carne y hueso. Rehuimos la verdad de nuestra existencia corpórea, pretendiendo que podemos identificarnos como queramos, como si sólo fuéramos mentes. La cultura del borrado significa que hay que silenciar a las personas con las que no estamos de acuerdo, hay que impedir que hablen, igual que los discípulos querían hacer caer fuego sobre los samaritanos que no habían aceptado a Jesús. ¿Cuáles son las dolorosas verdades que nuestros hermanos y hermanas de distintos continentes temen afrontar? No me corresponde a mí decirlo.

Si tenemos el valor de ser honestos sobre quiénes somos, es decir, seres humanos mortales vulnerables y hermanos y hermanas en una Iglesia que siempre ha sido heroica y corrupta, entonces hablaremos con autoridad a un mundo que todavía tiene hambre de verdad, aunque el tema que sea inalcanzable. Esto requiere valentía, que para el aquinate era fortitudo mentis, la fortaleza de ánimo para ver las cosas como son, para vivir en el mundo real. La poeta Maya Angelou dijo: "La valentía es la más importante de todas las virtudes, porque sin valentía no puedes practicar las demás virtudes con coherencia" (2).

Cuando San Óscar Romero regresó a El Salvador, un funcionario de inmigración le dijo: "Esta es la verdad". Era la verdad frente a la muerte. Sentado en un banco, preguntó a un amigo si tenía miedo a morir. El amigo respondió que no. Romero replicó: "Pero yo sí. Tengo miedo de morir". Fue esta sinceridad la que hizo tan hermoso su martirio. Desde que vio el cuerpo mutilado de su amigo jesuita Rutilio, comprendió lo que le esperaba. Cuando fue martirizado, encontraron su cuerpo cubierto de sudor. Parece que vio al hombre que iba a matarle, y no huyó.

La última noche, Jesús advierte a sus discípulos que si permanecen en él, la vida verdadera, serán podados para que den más fruto. En este sínodo podemos sentir que estamos siendo podados. Así podremos dar más fruto. Esto puede significar que estamos libres de ilusiones y prejuicios mutuos que podamos tener, de nuestros miedos y de nuestras estrechas ideologías. Podados de nuestro orgullo. Uno de mis hermanos jóvenes me animó a hablar personalmente sobre este tema, aunque tengo algunos reparos en hacerlo. Hace un par de años, me sometieron a una cirugía mayor por cáncer de mandíbula. Duró diecisiete horas. Permanecí en el hospital durante cinco semanas, sin poder comer ni beber. A menudo no entendía muy bien dónde estaba ni quién era. Me despojaron de mi dignidad y dependí completamente de los demás incluso para las necesidades más básicas. Fue una poda terrible. Sin embargo, también fue una bendición.

En ese momento de impotencia, no podía pretender ser importante, no podía presumir de ningún logro. Yo era simplemente otra persona enferma en la cama de un hospital sin nada que dar. Ni siquiera podía orar. Entonces mis ojos se abrieron un poco más al amor completamente gratuito e inmerecido del Señor. No podía hacer nada para merecerlo y era maravilloso que no fuera necesario que yo lo hiciera.

El Espíritu está en cada uno de nosotros, guiándonos juntos a toda verdad. ¡Fui ordenado por el gran obispo Butler, la única persona presente en el Concilio Vaticano II que hablaba perfecto latín ciceroniano! Le encantaba decir: "No temamos que la verdad dañe a la verdad" (3). Si lo que alguien dice es cierto, no puede amenazar la verdad que amo. Debo abrir mi corazón y mi mente a la amplitud de la verdad divina. Si creo que lo que dice el otro no es verdad, naturalmente tengo que decirlo, con la debida humildad. En alemán existe la hermosa palabra Zwischenraum. Si lo entiendo correctamente, significa que la plenitud de la verdad reside en el espacio entre nosotros mientras hablamos. El misterio de Dios siempre se revela en los espacios vacíos, desde los espacios vacíos entre las alas del querubín en el arca de la alianza hasta el sepulcro vacío.

El choque de verdades aparentemente incompatibles puede resultar doloroso y enfadado. Basta pensar en el relato de san Pablo sobre su enfrentamiento con san Pedro en Antioquía, narrado en la Carta a los Gálatas: "Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse abiertamente a él" (2, 11). ¡Pero se dieron mutuamente la mano derecha de la amistad y la Santa Sede los considera a ambos fundadores! Estaban unidos en la muerte como mártires.

Debemos buscar la manera de decir la verdad para que la otra persona pueda escucharla sin sentirse abatida. Piense en cuando Pedro se encontró con Jesús en la orilla en Juan capítulo 21. La noche antes de la muerte de Jesús, Pedro se había jactado de amar al Señor más que a nadie. Pero poco después negó al Señor tres veces, en el momento de mayor vergüenza de su vida. En la orilla, sin embargo, Jesús no le regaña por el fracaso. Le pregunta amablemente, tal vez con una sonrisa, tres veces: "¿Me amas más que esta gente?". Con infinita delicadeza ayuda a Pedro tres veces a anular su triple negación. Ella lo desafía a afrontar la verdad con toda la ternura del amor. ¿Podemos desafiarnos unos a otros con esta delicada sinceridad? La poeta estadounidense Emily Dickinson ofrece un buen consejo: "Diga toda la verdad, pero dígala de manera indirecta: el éxito reside en un circuito".

Perdónenme si cito poemas. Pueden ser difíciles de traducir. Lo que quiere decir es que a veces la verdad se dice con más fuerza si se dice indirectamente, para que la otra persona pueda escucharla. Si le dices a alguien que es un dinosaurio patriarcal, ¡probablemente no lo ayudarás! Por supuesto, a veces será igualmente doloroso. Pero el Papa Francisco dijo: "proclamar la verdad, aunque a veces sea incómodo" (4).

Esto requerirá cierta pérdida de control por parte de todos nosotros. Jesús le dice a Pedro: "En verdad, te digo, que cuando eras más joven tú mismo te ponías el cinturón e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras ir. Esto le dijo para indicarle con qué muerte glorificaría a Dios" (Juan 21, 18).

Si el Sínodo tiene las dinámicas de la oración más que las de un parlamento, nos pedirá una especie de abandono del control, incluso una especie de muerte. Dejar que Dios sea Dios. En *Evangelii gaudium*. El Santo Padre escribió: "no hay mayor libertad que la de dejarse conducir por el Espíritu, renunciando a calcularlo y controlarlo todo, y dejar que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos empuje hacia donde Él quiere" (n. 280). ¡Renunciar al control no significa hacer nada! Debido a que la Iglesia ha sido una estructura controladora, a veces se necesitan intervenciones fuertes para permitir que el Espíritu Santo nos guíe a donde nunca pensamos que iríamos. Tenemos un profundo instinto de aferrarnos al control, razón por la cual muchos temen al sínodo. En Pentecostés el Espíritu Santo desciende con fuerza sobre los discípulos, que son enviados hasta los confines de la tierra. Los apóstoles sin embargo, se han establecido en Jerusalén y no quieren marcharse. ¡Se necesita persecución para sacarlos del nido y expulsarlos de Jerusalén! ¡Afectuosa firmeza! Encima de mi oficina en Santa Sabina, cada año anidan algunos cernícalos. Llegó el día en que los padres echaron a los pichones del nido, obligándolos a volar o morir. ¡Sentado en mi escritorio pude ver cómo luchaban por mantenerse en el aire! ¡A veces el Espíritu Santo nos echa del nido y nos pide que volemos! Temblamos y entramos en pánico, ¡pero volamos!

En Getsemaní, Jesús entrega el control de su vida y la confía al Padre. ¡No como quiero! Cuando yo era un joven fraile, un dominico francés, que había sido sacerdote en activo, se quedó en la comunidad. Tuvo que ir a la India para servir a los más pobres entre los pobres y había venido a Oxford para estudiar bengalí. Le pregunté qué pensaba hacer: "¿Cuál es tu plan?". Él respondió: "¿Cómo puedo saberlo antes de que los pobres me lo digan?"

Cuando era un joven provincial visité un monasterio dominico que estaba a punto de cerrar. Sólo quedaban cuatro monjas ancianas. Me acompañó el anterior provincial, Peter. Cuando les dijimos

a las monjas que el futuro del monasterio parecía bastante incierto, una de ellas respondió: “Pero Timoteo, nuestro querido Señor no permitiría que nuestro monasterio muriera, ¿verdad?”. Pedro respondió inmediatamente: “Hermana, dejó morir a su Hijo”. Así que podemos dejar que las cosas mueran, no con desesperación, sino con esperanza, para dejar espacio a lo nuevo.

Santo Domingo intentó pasar el control de la Orden a sus hermanos, porque cada uno de ellos había recibido el Espíritu Santo. Por tanto, ser guiado por el Espíritu Santo significa estar libre de la cultura del control. En nuestra sociedad, el liderazgo no es más que mantener las manos en las palancas del poder. El Papa San Juan XXIII bromeaba diciendo que todas las noches le decía a Dios: "El Papa debe irse a dormir ya, por eso tú, Dios, debes cuidar de la Iglesia durante unas horas". Como bien entendió, el liderazgo a veces significa ceder el control.

El Instrumentum laboris nos llama a hacer “la opción preferencial por los jóvenes” (por ejemplo B.2.1). Cada año recordamos que Dios vino entre nosotros como un niño, un bebé recién nacido. La confianza en los jóvenes es una parte intrínseca del liderazgo cristiano. Los jóvenes no están aquí para ocupar el lugar de nosotros, los mayores, sino para hacer lo que no podemos imaginar. Cuando Santo Domingo envió a sus novicios a predicar, algunos monjes le advirtieron que así los perdería. Domenico respondió: “Sé con seguridad que mis jóvenes saldrán y volverán, serán enviados y volverán; pero vuestros jóvenes estarán encerrados y seguirán saliendo” (5).

Ser guiados por el Espíritu en toda verdad significa dejar ir el presente, confiar en que el Espíritu generará nuevas instituciones, nuevas formas de vida cristiana, nuevos ministerios. Durante los últimos dos milenios, el Espíritu Santo ha estado obrando creando nuevas formas de ser Iglesia, desde los Padres y Madres del Desierto hasta las Órdenes de frailes en el siglo XIII, ¡e incluso los jesuitas durante la Contrarreforma! Los nuevos movimientos eclesiales en el último siglo. Debemos dejar que el Espíritu Santo actúe creativamente entre nosotros, con nuevas formas de ser Iglesia que ahora no podemos imaginar, ¡pero quizás los jóvenes sí! Escúchenlo, dijo la voz en la montaña. Y esto incluye escuchar a los jóvenes, en quienes el Señor vive y habla (ver Mateo 11, 28).

Ser guiado por la verdad, como hemos visto, no es sólo una cuestión de comparación racional. No somos sólo cerebros. Revelémonos unos a otros quiénes somos, nuestra humanidad vulnerable. A santo Tomás de Aquino le encantaba decir de Aristóteles que "anima este quodammodo omnia", "el alma en cierto sentido es todo". Entendemos en profundidad abriendo nuestro ser al otro. Nos dejamos tocar y cambiar por nuestro encuentro mutuo. La verdad de plenitud en la que el Espíritu Santo nos guía no es un conocimiento desapasionado que analiza desde lejos. Es más bien un conocimiento proactivo. Es inseparable del amor transformador (IL A.1 27). El estilo dominicano es que a través del conocimiento llegamos a amar. El camino franciscano es que a través del amor llegamos a conocer. Ambos tienen razón.

El misterio al que somos guiados es el de un amor totalmente inigualable, sin rivalidad. Todo lo que el Padre tiene es dado al Hijo y al Espíritu Santo. Incluso la igualdad. Participar en la vida divina es estar libre de toda rivalidad y competencia. Es con este mismo amor divino, libre de toda rivalidad, con el que debemos amarnos unos a otros durante este sínodo. San Juan escribió: “Si alguno dice: 'Amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque cualquiera que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Juan 4:20).

El viaje hacia la plenitud de la verdad es inseparable del aprendizaje de amar. Sólo se producirá un cambio profundo si la búsqueda de comprender la voluntad del Señor se retuerce en la doble

espiral de aprender a amar a aquellos que nos resultan difíciles. Será difícil comunicar esto a las personas que no están aquí. ¿Todas estas personas realmente llegaron tan lejos, a un gran costo, sólo para amarse unos a otros? Las decisiones prácticas, por supuesto, son inevitables y necesarias. Pero deben surgir de la transformación personal y comunitaria de quiénes somos, de lo contrario son mera administración.

Imagínense la alegría de verse libres de toda competencia entre ustedes, para que la mayor voz que tengan los laicos no signifique que los obispos se hayan ido, o que cuanta más autoridad se les conceda a las mujeres, menos tengan los hombres, o que mayor consideración que reciben nuestros hermanos y hermanas africanos disminuya la autoridad de la Iglesia en Asia u Occidente. Esto requiere de cada uno de nosotros una profunda humildad mientras esperamos con confianza los dones de Dios. Simone Weil fue una mística judía francesa, fallecida en 1943, que en su camino hacia la verdad llegó a decir: "Creo en Dios, en la Trinidad, [...] en la Redención, en la Eucaristía, en las enseñanzas del Evangelio" (6). Escribió que "los bienes más preciosos no deben buscarse sino esperarse... Una mirada ante todo atenta, en la que el alma se vacía de todo su propio contenido para acoger en sí el ser que ve tal como es en sí". su verdadero aspecto" (7).

Si nos dejamos guiar por el Espíritu de la verdad, seguro que discutiremos. A veces será doloroso. Habrá verdades que preferiríamos no afrontar. ¡Pero seremos conducidos un poco más profundamente al misterio del amor divino y experimentaremos tal alegría que la gente nos envidiará por estar aquí y anhelará asistir a la próxima sesión del sínodo!

Note:

(1) *Burnt Norton, I quattro quartetti, Lo cuatro cuartetos*

(2) *Cerimonia, Ceremonia, 24 de mayo de 2008*

(3) *Ne timeamus quod veritas veritati noceat*

(4) *cfr. 24 de enero de 2023*

(5) *ed. Simon Tugwell, OP, Early Dominicans: selected writings, Primeros Dominicos: textos seleccionados, Ramsey N.J., 1982 p.91*

(6) *S. PÉTREMENT, La vita di Simone Weil, La vida de Simone Weil, Adelphi, Milán 2010, p. 646*

(7) *Waiting on God, Esperando en Dios, trad. de Emma Craufurd, Londres 1959, p.169.*

El Espíritu de verdad 3 de octubre de 2023

Los discípulos ven la gloria del Señor y el testimonio de Moisés y Elías. Ahora encuentran el valor para bajar de la montaña y dirigirse a Jerusalén. En el evangelio de hoy (Lucas 9:51-56) los vemos en camino. Se encuentran con los samaritanos, que se oponen a ellos porque se dirigen a Jerusalén. La reacción inmediata de los discípulos es hacer bajar fuego del cielo y destruirlos. En efecto, acaban de ver a Elías y eso fue lo que hizo con los profetas de Baal. Pero el Señor les reprende. Todavía no han comprendido el camino por el que el Señor les conduce.

En las próximas tres semanas podemos sentir la tentación de hacer caer fuego del cielo sobre aquellos con los que no estamos de acuerdo. Nuestra sociedad está llena de ira ardiente. El Señor nos invita a desterrar esos impulsos destructivos de nuestro encuentro.

Esta ira generalizada nace del miedo, pero no debemos tener miedo. El Señor ha prometido el Espíritu Santo, que nos guiará a toda la verdad. La noche antes de morir, Jesús dijo: " Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero por el momento no son capaces de soportar la carga. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los conducirá a toda la verdad, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que ha escuchado y les anunciará lo que está por venir" (Jn 16, 12-13). Sean cuales sean los conflictos en nuestro camino, de una cosa estamos seguros: el Espíritu de la verdad nos conduce a toda la verdad. Pero no será fácil. Jesús advierte a sus discípulos: "Aún tengo que deciros muchas cosas, pero de momento no sois capaces de soportar la carga". En Cesarea de Filipo, Pedro no soporta oír que Jesús tendrá que sufrir y morir. En esta última noche antes de la muerte de Jesús, Pedro no puede soportar la verdad de que él mismo negará a Jesús. Ser conducido a la verdad es oír cosas desagradables.

¿Cuáles son las verdades que nos cuesta afrontar hoy? Es muy doloroso enfrentarse a la magnitud de los abusos sexuales y la corrupción en la Iglesia. Ha parecido una pesadilla de la que esperamos despertar. Pero si tenemos el valor de afrontar esta verdad vergonzosa, la verdad nos hará libres. Jesús promete que " serán afligidos, pero su aflicción se cambiará en alegría " (16,20), como en los dolores de parto de la mujer. Estos días del Sínodo serán a veces dolorosos, pero si nos dejamos guiar por el espíritu, serán los dolores de parto de una Iglesia renacida.

Este es nuestro testimonio ante una sociedad que, a su vez, huye de la verdad. El poeta T.S. Eliot dijo que "la humanidad no puede soportar demasiada realidad" (1). Nos dirigimos hacia una catástrofe ecológica, pero nuestros dirigentes políticos suelen fingir que no pasa nada. Nuestro mundo está crucificado por la pobreza y la violencia, pero los países ricos no quieren ver a los millones de nuestros hermanos y hermanas que sufren y buscan un hogar. La sociedad occidental tiene miedo de enfrentarse a la verdad de que somos seres mortales vulnerables, hombres y mujeres hechos de carne y hueso. Rehuimos la verdad de nuestra existencia corpórea, pretendiendo que podemos identificarnos como queramos, como si sólo fuéramos mentes. La cultura del borrado significa que hay que silenciar a las personas con las que no estamos de acuerdo, hay que impedir que hablen, igual que los discípulos querían hacer caer fuego sobre los samaritanos que no habían aceptado a Jesús. ¿Cuáles son las dolorosas verdades que nuestros hermanos y hermanas de distintos continentes temen afrontar? No me corresponde a mí decirlo.

Si tenemos el valor de ser honestos sobre quiénes somos, es decir, seres humanos mortales vulnerables y hermanos y hermanas en una Iglesia que siempre ha sido heroica y corrupta, entonces hablaremos con autoridad a un mundo que todavía tiene hambre de verdad, aunque el tema que sea inalcanzable. Esto requiere valentía, que para el aquinate era fortitudo mentis, la fortaleza de ánimo para ver las cosas como son, para vivir en el mundo real. La poetisa Maya Angelou dijo: "La valentía es la más importante de todas las virtudes, porque sin valentía no puedes practicar las demás virtudes con coherencia" (2).

Cuando San Óscar Romero regresó a El Salvador, un funcionario de inmigración le dijo: "Esta es la verdad". Era la verdad frente a la muerte. Sentado en un banco, preguntó a un amigo si tenía miedo a morir. El amigo respondió que no. Romero replicó: "Pero yo sí. Tengo miedo de morir". Fue esta sinceridad la que hizo tan hermoso su martirio. Desde que vio el cuerpo mutilado de su amigo jesuita Rutilio, comprendió lo que le esperaba. Cuando fue martirizado, encontraron su cuerpo cubierto de sudor. Parece que vio al hombre que iba a matarle, y no huyó.

La última noche, Jesús advierte a sus discípulos que, si permanecen en él, la vida verdadera, serán podados para que den más fruto. En este sínodo podemos sentir que estamos siendo podados. Así podremos dar más fruto. Esto puede significar que estamos libres de ilusiones y prejuicios mutuos que podamos tener, de nuestros miedos y de nuestras estrechas ideologías. Podados de nuestro orgullo. Uno de mis hermanos jóvenes me animó a hablar personalmente sobre este tema, aunque tengo algunos reparos en hacerlo. Hace un par de años, me sometieron a una cirugía mayor por cáncer de mandíbula. Duró diecisiete horas. Permanecí en el hospital durante cinco semanas, sin poder comer ni beber. A menudo no entendía muy bien dónde estaba ni quién era. Me despojaron de mi dignidad y dependí completamente de los demás incluso para las necesidades más básicas. Fue una poda terrible. Sin embargo, también fue una bendición.

En ese momento de impotencia, no podía pretender ser importante, no podía presumir de ningún logro. Yo era simplemente otra persona enferma en la cama de un hospital sin nada que dar. Ni siquiera podía orar. Entonces mis ojos se abrieron un poco más al amor completamente gratuito e inmerecido del Señor. No podía hacer nada para merecerlo y era maravilloso que no fuera necesario que yo lo hiciera.

El Espíritu está en cada uno de nosotros, guiándonos juntos a toda verdad. ¡Fui ordenado por el gran obispo Butler, la única persona presente en el Concilio Vaticano II que hablaba perfecto latín ciceroniano! Le encantaba decir: "No temamos que la verdad dañe a la verdad" (3). Si lo que alguien dice es cierto, no puede amenazar la verdad que amo. Debo abrir mi corazón y mi mente a la amplitud de la verdad divina. Si creo que lo que dice el otro no es verdad, naturalmente tengo que decirlo, con la debida humildad. En alemán existe la hermosa palabra Zwischenraum. Si lo entiendo correctamente, significa que la plenitud de la verdad reside en el espacio entre nosotros mientras hablamos. El misterio de Dios siempre se revela en los espacios vacíos, desde los espacios vacíos entre las alas del querubín en el arca de la alianza hasta el sepulcro vacío.

El choque de verdades aparentemente incompatibles puede resultar doloroso y enfadado. Basta pensar en el relato de san Pablo sobre su enfrentamiento con san Pedro en Antioquía, narrado en la Carta a los Gálatas: "Pero cuando Cefas vino a Antioquía, me opuse abiertamente a él" (2, 11). ¡Pero se dieron mutuamente la mano derecha de la amistad y la Santa Sede los considera a ambos fundadores! Estaban unidos en la muerte como mártires.

Debemos buscar la manera de decir la verdad para que la otra persona pueda escucharla sin sentirse abatida. Piense en cuando Pedro se encontró con Jesús en la orilla en Juan capítulo 21. La noche antes de la muerte de Jesús, Pedro se había jactado de amar al Señor más que a nadie. Pero poco después negó al Señor tres veces, en el momento de mayor vergüenza de su vida. En la orilla, sin embargo, Jesús no le regaña por el fracaso. Le pregunta amablemente, tal vez con una sonrisa, tres veces: "¿Me amas más que esta gente?". Con infinita delicadeza ayuda a Pedro tres veces a anular su triple negación. Ella lo desafía a afrontar la verdad con toda la ternura del amor. ¿Podemos desafiarnos unos a otros con esta delicada sinceridad? La poeta estadounidense Emily Dickinson ofrece un buen consejo: "Diga toda la verdad, pero dígala de manera indirecta: el éxito reside en un circuito".

Perdóñenme si cito poemas. Pueden ser difíciles de traducir. Lo que quiere decir es que a veces la verdad se dice con más fuerza si se dice indirectamente, para que la otra persona pueda escucharla. Si le dices a alguien que es un dinosaurio patriarcal, ¡probablemente no lo ayudará! Por supuesto, a veces será igualmente doloroso. Pero el Papa Francisco dijo: "proclamar la verdad, aunque a veces sea incómodo" (4).

Esto requerirá cierta pérdida de control por parte de todos nosotros. Jesús le dice a Pedro: "En verdad, te digo, que cuando eras más joven tú mismo te ponías el cinturón e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras ir. Esto le dijo para indicarle con qué muerte glorificaría a Dios" (Juan 21, 18).

Si el Sínodo tiene las dinámicas de la oración más que las de un parlamento, nos pedirá una especie de abandono del control, incluso una especie de muerte. Dejar que Dios sea Dios. En *Evangelii gaudium*. El Santo Padre escribió: "no hay mayor libertad que la de dejarse conducir por el Espíritu, renunciando a calcularlo y controlarlo todo, y dejar que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos empuje hacia donde Él quiere" (n. 280). ¡Renunciar al control no significa hacer nada! Debido a que la Iglesia ha sido una estructura controladora, a veces se necesitan intervenciones fuertes para permitir que el Espíritu Santo nos guíe a donde nunca pensamos que iríamos. Tenemos un profundo instinto de aferrarnos al control, razón por la cual muchos temen al sínodo. En Pentecostés el Espíritu Santo desciende con fuerza sobre los discípulos, que son enviados hasta los confines de la tierra. Los apóstoles, sin embargo, se han establecido en Jerusalén y no quieren marcharse. ¡Se necesita persecución para sacarlos del nido y expulsarlos de Jerusalén! ¡Afectuosa firmeza! Encima de mi oficina en Santa Sabina, cada año anidan algunos cernícalos. Llegó el día en que los padres echaron a los pichones del nido, obligándolos a volar o morir. ¡Sentado en mi escritorio pude ver cómo luchaban por mantenerse en el aire! ¡A veces el Espíritu Santo nos echa del nido y nos pide que volemos! Temblamos y entramos en pánico, ¡pero volamos!

En Getsemaní, Jesús entrega el control de su vida y la confía al Padre. ¡No como quiero! Cuando yo era un joven fraile, un dominico francés, que había sido sacerdote en activo, se quedó en la comunidad. Tuvo que ir a la India para servir a los más pobres entre los pobres y había venido a Oxford para estudiar bengalí. Le pregunté qué pensaba hacer: "¿Cuál es tu plan?". Él respondió: "¿Cómo puedo saberlo antes de que los pobres me lo digan?"

Cuando era un joven provincial visité un monasterio dominico que estaba a punto de cerrar. Sólo quedaban cuatro monjas ancianas. Me acompañó el anterior provincial, Peter. Cuando les dijimos

a las monjas que el futuro del monasterio parecía bastante incierto, una de ellas respondió: “Pero Timoteo, nuestro querido Señor no permitiría que nuestro monasterio muriera, ¿verdad?”. Pedro respondió inmediatamente: “Hermana, dejó morir a su Hijo”. Así que podemos dejar que las cosas mueran, no con desesperación, sino con esperanza, para dejar espacio a lo nuevo.

Santo Domingo intentó pasar el control de la Orden a sus hermanos, porque cada uno de ellos había recibido el Espíritu Santo. Por tanto, ser guiado por el Espíritu Santo significa estar libre de la cultura del control. En nuestra sociedad, el liderazgo no es más que mantener las manos en las palancas del poder. El Papa San Juan XXIII bromeaba diciendo que todas las noches le decía a Dios: "El Papa debe irse a dormir ya, por eso tú, Dios, debes cuidar de la Iglesia durante unas horas". Como bien entendió, el liderazgo a veces significa ceder el control.

El Instrumentum laboris nos llama a hacer “la opción preferencial por los jóvenes” (por ejemplo B.2.1). Cada año recordamos que Dios vino entre nosotros como un niño, un bebé recién nacido. La confianza en los jóvenes es una parte intrínseca del liderazgo cristiano. Los jóvenes no están aquí para ocupar el lugar de nosotros, los mayores, sino para hacer lo que no podemos imaginar. Cuando Santo Domingo envió a sus novicios a predicar, algunos monjes le advirtieron que así los perdería. Domenico respondió: “Sé con seguridad que mis jóvenes saldrán y volverán, serán enviados y volverán; pero vuestros jóvenes estarán encerrados y seguirán saliendo” (5).

Ser guiados por el Espíritu en toda verdad significa dejar ir el presente, confiar en que el Espíritu generará nuevas instituciones, nuevas formas de vida cristiana, nuevos ministerios. Durante los últimos dos milenios, el Espíritu Santo ha estado obrando creando nuevas formas de ser Iglesia, desde los Padres y Madres del Desierto hasta las Órdenes de frailes en el siglo XIII, ¡e incluso los jesuitas durante la Contrarreforma! Los nuevos movimientos eclesiales en el último siglo. Debemos dejar que el Espíritu Santo actúe creativamente entre nosotros, con nuevas formas de ser Iglesia que ahora no podemos imaginar, ¡pero quizás los jóvenes sí! Escúchenlo, dijo la voz en la montaña. Y esto incluye escuchar a los jóvenes, en quienes el Señor vive y habla (ver Mateo 11, 28).

Ser guiado por la verdad, como hemos visto, no es sólo una cuestión de comparación racional. No somos sólo cerebros. Revelémonos unos a otros quiénes somos, nuestra humanidad vulnerable. A santo Tomás de Aquino le encantaba decir de Aristóteles que "anima este quodammodo omnia", "el alma en cierto sentido es todo". Entendemos en profundidad abriendo nuestro ser al otro. Nos dejamos tocar y cambiar por nuestro encuentro mutuo. La verdad de plenitud en la que el Espíritu Santo nos guía no es un conocimiento desapasionado que analiza desde lejos. Es más bien un conocimiento proactivo. Es inseparable del amor transformador (IL A.1 27). El estilo dominicano es que a través del conocimiento llegamos a amar. El camino franciscano es que a través del amor llegamos a conocer. Ambos tienen razón.

El misterio al que somos guiados es el de un amor totalmente inigualable, sin rivalidad. Todo lo que el Padre tiene es dado al Hijo y al Espíritu Santo. Incluso la igualdad. Participar en la vida divina es estar libre de toda rivalidad y competencia. Es con este mismo amor divino, libre de toda rivalidad, con el que debemos amarnos unos a otros durante este sínodo. San Juan escribió: “Si alguno dice: 'Amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque cualquiera que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve" (1 Juan 4:20).

El viaje hacia la plenitud de la verdad es inseparable del aprendizaje de amar. Sólo se producirá un cambio profundo si la búsqueda de comprender la voluntad del Señor se retuerce en la doble

espiral de aprender a amar a aquellos que nos resultan difíciles. Será difícil comunicar esto a las personas que no están aquí. ¿Todas estas personas realmente llegaron tan lejos, a un gran costo, sólo para amarse unos a otros? Las decisiones prácticas, por supuesto, son inevitables y necesarias. Pero deben surgir de la transformación personal y comunitaria de quiénes somos, de lo contrario son mera administración.

Imagínense la alegría de verse libres de toda competencia entre ustedes, para que la mayor voz que tengan los laicos no signifique que los obispos se hayan ido, o que cuanta más autoridad se les conceda a las mujeres, menos tengan los hombres, o que mayor consideración que reciben nuestros hermanos y hermanas africanos disminuye la autoridad de la Iglesia en Asia u Occidente. Esto requiere de cada uno de nosotros una profunda humildad mientras esperamos con confianza los dones de Dios. Simone Weil fue una mística judía francesa, fallecida en 1943, que en su camino hacia la verdad llegó a decir: "Creo en Dios, en la Trinidad, [...] en la Redención, en la Eucaristía, en las enseñanzas del Evangelio" (6). Escribió que "los bienes más preciosos no deben buscarse sino esperarse... Una mirada ante todo atenta, en la que el alma se vacía de todo su propio contenido para acoger en sí el ser que ve tal como es en sí". su verdadero aspecto" (7).

Si nos dejamos guiar por el Espíritu de la verdad, seguro que discutiremos. A veces será doloroso. Habrá verdades que preferiríamos no afrontar. ¡Pero seremos conducidos un poco más profundamente al misterio del amor divino y experimentaremos tal alegría que la gente nos envidiará por estar aquí y anhelará asistir a la próxima sesión del sínodo!

Note:

(1) *Burnt Norton, I quattro quartetti, Lo cuatro cuartetos*

(2) *Cerimonia, Ceremonia, 24 de mayo de 2008*

(3) *Ne timeamus quod veritas veritati noceat*

(4) *cfr. 24 de enero de 2023*

(5) *ed. Simon Tugwell, OP, Early Dominicans: selected writings, Primeros Dominicos: textos seleccionados, Ramsey N.J., 1982 p.91*

(6) *S. PÉTREMENT, La vita di Simone Weil, La vida de Simone Weil, Adelphi, Milán 2010, p. 646*

(7) *Waiting on God, Esperando en Dios, trad. de Emma Craufurd, Londres 1959, p.169.*